REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI | San José, Costa Rica **1933** Sábado 6 de Mayo | Núm. 17

Año XIV. No. 633

SUMARIO

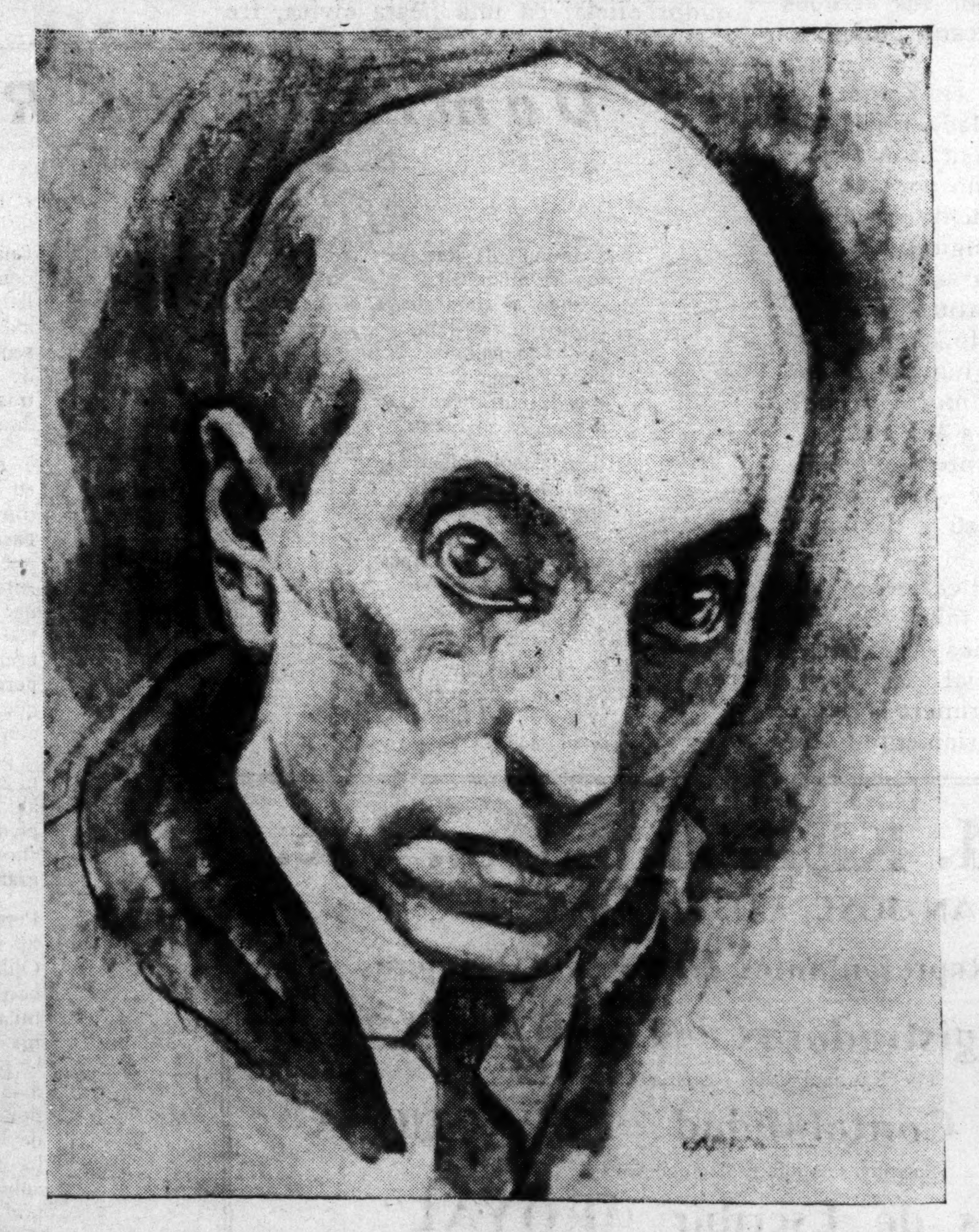
Los primeros pasos de Nervo

= *Envío del autor.* México, D. F. Abril de 1933. =

Nada o muy poco sabemos de la infancia de Nervo. Algunos datos dispersos, una que otra confidencia, y nada más. Sus mismos amigos íntimos al hablar de ella han bordado un canevá de conjeturas y adivinaciones.

Es verdad que Nervo escribió su autobiografía, pero lo hizo tan breve y concisamente, que cuando apenas nos es dado asir el hilo sutil y misterioso de su existencia, se nos escapa de una manera insensible de los dedos.

El poeta vió la luz primera en Tepic, tal vez en la misma casa donde se deslizaron sus primeros años. En aquella vieja casona contrahecha y destartalada, pero espaciosa, que alguna vez la fotografía nos ha mostrado con su patio umbroso poblado de árboles, en uno de cuyos ángulos se ve alzarse el brocal del pozo con su chirriante y estridente carril, del cual pende un quejumbroso y plañidero cubo de cuero, y en cuyo interior tenía su palacio de cristal una princesa, convertida en tortuga por obra y magia del encantamiento.



Amado Nervo

Visto por *García Cabral*

En dicha casa, impregnado del aroma místico de la provincia, del perfume de las oraciones familiares, y sugestionado por los cuentos de espanto y las supersticiones de la abuela, que tanto influyeron en su vida y contribuyeron a integrar su personalidad, creció Nervo.

Habitaban el añoso caserón, a la vez que los padres y los hermanos, la abuela materna y una tía. Aquella tía, mística flor de provincia, retraída y solitaria, que apenas llegada a los albores de la juventud, vió un día tendida sobre un lecho blanco "nevado de azahares", en la gran sala, y aquella abuelita, creyente y supersticiosa, a quien, como a todas las gentes de su tiempo, sugestionaban los tesoros enterrados.

En cierta ocasión, la tía soñó que se le aparecía un caballero distinguido de fines del siglo XVIII, que llevaba blanca media de seda, calzón y casaca bordados, vaporosa corbata de encaje y peluca empolvada, y le reveló que en un rincón de la sala, hallábase oculto un tesoro: un riquísimo cofre de peluconas. La abuelita, sabia en materia de apariciones, se proveyó de unas varitas mágicas, que señalaron el mismo sitio del caballero y pretendió derribar un muro y cavar un hoyo. El padre de Nervo se opuso y la abuelita exclamó apesadumbrada: "Hemos perdido un tesoro". Y Nervo, que desde entonces creyó en las cosas "de esta vida y de la otra", tuvo siempre la convicción de que la abuelita tenía razón.

Rodeado de cariños, corriendo y saltando en aquel risueño patio, atravesando fugazmente las habitaciones, ocultándose en algún rincón sombrío para esquivar el castigo, y seducido por los cuentos de hadas de la abuela,—en cuyos brazos se dormía,—asistió al despertar de su inteligencia.

Muy temprano escribió sus primeros versos y, medroso y tímido, temeroso de ser descubierto, por parecerle aquello una falta o por rehuir los aguijones de las burlas familiares, se cuidó de ocultarlos; pero llegó la ocasión en que una hermana los descubrió y presurosa los leyó a la familia que se hallaba reunida en el comedor. El padre frunció el ceño y el escapó tratando de ocultarse en un rincón. Felizmente el padre se limitó a fruncir el entrecejo y el poeta sintió por la primera vez que le brotaban alas.

Su madre, que no carecía de talento,

escribía versos y pudorosa también los ocultaba. De ella heredó el don de la poesía y, como ella, fué un gran sensitivo y un gran doloroso.

Muerto el padre, la madre resolvió trasladarse a Zamora. Precisábale solucionar el problema de la educación de los hijos. En un pueblo inmediato a Zamora, Jacona, hallábase establecido un seminario conciliar y en él decidió internarlos. El poeta contaba catorce o quince años de edad, cuando por la primera vez abandonó el terruño. La víspera del viaje escribió:

Vestido de casimir
y con zapatos de lona,
mañana voy a partir
al colegio de Jacona.

Desde luego, aquel alumno "silencioso" se distinguió por su vigorosa inteligencia y, sobre todo, por sus arrobos místicos y su relampagueante imaginación creadora.

La madre quedó sola en Zamora y, preocupado por su soledad, trasladóse al seminario de esta ciudad. Los "ejercicios espirituales" que año por año hacía influyeron poderosamente en él. Un día Nervo, presa de religiosa unción, decidió abrazar la carrera sacerdotal. Y próximo a diaconizarse, saturado del incienso místico de las antífonas y las secuencias, como la yedra humilde a los ornamentados y ruinosos muros de una catedral gótica, ascendió a los altares.

Uno de los hermanos enfermó gravemente y murió. La madre—para consolarse de su dolor,—regresó a Tepic, y con ella Nervo.

De regreso a los nativos cármenes, renunció a vestir el hábito talar y se resignó a prestar sus servicios en el escritorio de una casa comercial. En Tepic tuvo una novia, tal vez la primera, a quien solía escribir versos diariamente. La novia murió y nadie sabe qué fue de aquellos poemas juveniles.

OCTAVIO JIMENEZ A.
Abogado y Notario
OFICINA:
50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.
Tel. 4184 — Apdo. 338

Un buen día y de improviso se aparece en Mazatlán, donde al llegar escribió aquella prosa admirable: "Sol espléndido, mar tranquilo..." Iba en pos de mayores horizontes, de amplio y espacioso ambiente donde pudiera desplegar las alas de su espíritu.

En Mazatlán hizo su aparición como orador oficial en una fiesta cívica, frecuentó la sociedad y supo abrirse paso. Al arrullo de las Olas Altas, frente a la majestad imponente del océano, ensayó sus primeros vuelos. Es en "El Correo de la Tarde" donde se encuentra la levadura de sus primeros libros.

Y presa de mortal congoja, con una ansia infinita de infinito, con la sed de saber en los labios y en el alma la espada de la duda, se entró por los caminos y se allegó a la capital de la república. De esta manera un día los próceres de la literatura de aquella época, vieron aparecerse ante ellos aquel mozalbete provinciano, de cuerpo encorvado y flaco, simpático, agradable, de cabellera lisa y abundante, de rostro pálido y delgado, sombreado por una barba incipiente, que vestía largo levitón, y que a distancia revelaba su aire de seminarista.

Jesús Zavala

Domingo de Ramos

= *Envío del autor.* Heredia, C. R. =

Para ti, compañera mía

Domingo de Ramos
los de mi niñez,
cuando el alma alegre
como un carrillón,
alzaba la palma
de mi ciega fe
tras la burriquita
donde iba el Señor!

Bajo el sol ardiente
que me hacía sudar,
entre aquel gentío
de la procesión,
no importaban golpes
con tal de marchar
tras la burriquita
donde iba el Señor.

Pasaron los años,
pasaron... después,
ni Señor del Triunfo,
ni palmas, ni fe.

Cuando la campana
con su alegre son
llamaba a los fieles
a la procesión,
sentía el deseo
de ir otra vez
tras la burriquita
donde iba el Señor.

Y cuando escondido
en la multitud,
miré que triunfante
pasaba Jesús,
qué melancolía
entonces sentí,
qué ansia de irme
tras el buen Rabí
como cuando niño;
pero al notar
que nada tenía
con qué le honrar,
—palmas, ni inocencia,
ni niñez, ni fe,—
allí tristemente
plantado quedé,
ahogando un deseo
grande de llorar...

Pero tuve hijos...
fuí niño otra vez!
Ojillos curiosos,
boquillas de miel,
milagrosamente
me hicieron volver,
al país de ensueños
a la dulce edad,
donde el Hada amable
de la Ilusión
ha de reinar siempre
sobre el corazón
por todos los siglos
de la Eternidad.

Domingo de Ramos...
¡qué alegre que estoy!
Tras la burriquita
que monta el Señor
con mis cuatro hijos
volveré a marchar.
Jesús Nazareno
ya te puedo honrar!
Como cuando niño
lleno de emoción,
iré levantando
con felicidad
estos cuatro ramos
de mi corazón.

Víctor Ml. Elizondo

Domingo de Ramos de 1933.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras "NATIONAL"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "ROYAL"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Montley, New York
JOHN M. KEITH, Socio Gerente.
RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente.

Las cactáceas

= Envío del autor. San José, C. R. =

En los desiertos arenales de Arizona, que atestiguan la vida de la Tierra, emergida del fondo de las aguas, viven los cactus espinosos, recordando a los erizos del mar, defendidos por corazas de agudas y rígidas púas; sobre las rocas volcánicas de la América tropical, áridas, enjutas, crecen las cactáceas, agarradas con sus raíces de las piedras como pulpos, o escalando los troncos viejos, en su lucha constante por mantener la convivencia vegetal, sin perjuicio para nadie, porque almacenan el agua de lluvia, que ofrecen al viajero fatigado del desierto, o prestan su protección y frutos a los animales desvalidos, decorando el ambiente con flores aromáticas de colores admirables.

Raro contraste el de estas plantas erizadas de espinas y sus flores solitarias, que se abren con frecuencia al ponerse el sol y se cierran al clarear de la mañana, mereciendo por su vida nocturna el nombre de reinas del baile, para distinguirlas de las reinas de la noche, estrellas del desierto o simples bailarinas. Sus tallos jugosos y frutos suculentos han implorado la protección de la madre naturaleza, que a unas las protege dotándolas de sin igual defensa y a otras permitiéndoles escalar las ramas de árboles seculares o los despeñaderos inaccesibles.

Por medio de la selección y el cultivo logró Burbank transformar las tunas silvestres de California en plantas forrajeras, así como la educación amortigua los instintos perversos de los animales; pero una vez devueltas las plantas al ambiente natural recobran sus caracteres de defensa, y las espinas reaparecen con toda la rudeza primitiva.

Como plantas de forraje son apetecidas por el ganado vacuno, los cerdos, cabras, carneros y gallinas, debido a su tallo y palas suculentas, especialmente en los campos estériles, donde los otros pastos se secan con los fuertes calores del estío. El noventa por ciento de su constitución está representado por el agua; así los animales reciben el complemento indispensable para balancear su dieta nutritiva, pues las yerbas tostadas por el sol no podrían suministrarles un alimento completo durante los meses del verano. Los agricultores siembran con este objeto las especies menos espinosas, o les queman parcialmente las espinas antes de entregar tal forraje a sus ganados. Se ha comprobado además que las tunas, como alimento complementario de las vacas lecheras, tienen la propiedad de colorear la mantequilla con el tinte amarillento, que es propio tan sólo de los pastos tiernos y jugosos.



Florescencia del nopal
(Nopalea cochenillifera L).

En San José de Costa Rica. Abril de 1935.

Solamente el nopal y la tuna se emplean con este objeto, pues el resto de las cactáceas terrestres son, en su gran mayoría, fortalezas erizadas de bayonetas en todas direcciones.

El nopal de la cochinilla es una planta que comienza a crecer en forma de pala, de treinta centímetros de largo por quince de ancho, y al cabo de pocos años adquiere apariencia de arbusto, con tallo cilíndrico de veinte centímetros de diámetro, muy ramificado arriba, sin hojas, de láminas ovaladas, que se multiplican unas al canto de las otras. Así crece hasta cuatro o cinco metros, y florece y fructifica, año tras año, hacia el mes de abril.

Las flores son pequeñas, rojizas, con un penacho de estambres rosados, que rodean el pistilo; al secarse los sépalos y pétalos, queda el ovario convertido en una pila, casi esférica, chiquita, de color verde primero y rojiza después, si logra madurarse, cual si fuera una pitahaya diminuta, con la carne color de carmín, agradable, y tres a seis semillas relativamente grandes.

El nopal está extendido por todos los países tropicales, como criadero de la cochinilla, con tanto interés que hasta en Desamparados había una finca llamada la "Nopalera".

Lo mismo sucede con la tuna **(Opuntia ficus-indica)**; pero ésta se cultiva por sus frutos, los higos chumbos, de gran consumo en los países tropicales, tanto en América, como en los contornos del Mediterráneo, donde nunca falta una chumbera. Las frutas son de forma cilíndrico-ovalada, color de aceituna, y miden diez centímetros de largo; se producen, además, con tal abundancia que las cosechas pasan de diez mil frutas por hectárea, con poco gasto de asistencia.

Una de las plantas más hermosas en esta familia es el **Cereus aragoni,** Weber, que alcanza hasta seis metros de altura, en forma de un esbelto cirio estriado, de color verde, usado en otro tiempo para cercas, por ser muy espinoso y de vida tan larga, que después de medio siglo perdura una cerca en Alajuela, sin renovación alguna, en el mismo estado en que la he visto desde niño.

De las veinte y seis especies de cactáceas que hay conocidas en Costa Rica, la mitad fueron clasificadas por el doctor Weber, y todas figuran en la monografía de los botánicos N. L. Britton y J. N. Rose: obra importantísima, impresa en cuatro volúmenes, lujosamente ilustrados con profusión de grabados, fotografías y láminas en colores, de todas las especies americanas estudiadas hasta 1920.

Hay algunos géneros de vida epífita, como la pitahaya, de la cual tenemos cuatro variedades diferentes en sus tallos, flores y frutos; todas tienen raíces adventicias, que les permiten adherirse a las piedras y corteza de los árboles. Las flores se abren durante la noche, y son grandes, blancas, o rosadas, en una especie de la vertiente oriental del país. La pitahaya común tiene tallos triangulares, más o menos espinosos en las aristas; sus frutos son color de carmín, del tamaño de una naranja, y se venden en los mercados, por su carne deliciosa y refrescante. Se cultiva con tal abundancia en los países tropicales, que así como de la tuna y el nopal ignoramos su verdadero origen; pero las tres se conocen y aprecian en Costa Rica desde el período colonial.

Una flor de pitahaya **(Hylocereus undulatus)** abierta en la noche del 26 de abril, concuerda con la descripción del Dr. Rose, tomo II, página 187: mide la flor 30 centímetros de abertura, los sépalos son angostos, volteados, de

color amarillo, verdoso por detrás; los pétalos anchos, a manera de plumas rizadas, de color blanco puro; la corona de estambres tiene un hermoso color de oro, filamentos y anteras; la columna del pistilo es alta, color de crema, con los 24 lóbulos del estigma amarillo verdoso, haciendo el conjunto una flor admirable.

Hay en la provincia de Guanacaste un bejuco estriado, que se tiende sobre las rocas, al margen de los ríos, o trepa por los árboles, formando una cepa de ramificación en las horquetas inferiores, quizá huyendo de las quemas, pues ni espinas tiene para defenderse. Se conoce científicamente con el nombre de **Selenicereus Wercklei** en recuerdo del laborioso botánico, que dedicó su vida al servicio de la ciencia y que reposa en nuestro cementerio. Esa cactácea, al parecer insignificante, florece a la media noche para ocultar la belleza incomparable de sus flores: de un ovario semiespinoso parte el tubo floral, de once centímetros de largo, escamoso, de color verde tierno, así como los sépalos, que son angostos, lanceolados, de siete centímetros de largo; la abertura floral alcanza catorce centímetros de diámetro y se presenta de un blanco de nieve, sobre fondo de grana purpurina, en la base de muchos pétalos inmaculados; una corona de estambres, escalonada de adentro hacia afuera, remeda una copa de filamentos blancos y anteras amarillas. Al centro se levanta el pistilo en forma de columna, encarnada en la base, blanca en el último tercio, con el estigma multilobulado, de color verde pálido, sobresaliendo en longitud del cáliz de estambres y de la corola nívea.

Una flor que parece referirse al **Epiphyllum cartagense,** se abrió en las primeras horas de la noche, el 27 de abril: tiene el tubo rosado, de diez centímetros de largo, con pequeñas escamas esparcidas de trecho en trecho; los sépalos son ligeramente rosados y los pétalos blancos, tendidos, como una margarita, de diez centímetros de diámetro; la copa de estambres tiene los filamentos blancos y las anteras amarillas; el estilo es blanco en su parte terminal y rosado en la base; el estigma tiene ocho lóbulos amarillos, y el conjunto exhala un perfume delicioso.

El tallo de esta planta es cilíndrico en la base, triangular en parte, muy largo y carece de espinas; las ramificaciones planas son de borde festoneado, bastante rígidas, con la nervadura central saliente por ambas caras, y miden de 20 a 35 centímetros de largo, por 5 a 7 de ancho. Las flores salen indistintamente de las aristas del tallo o del canto de las ramificaciones planas.

Bien pudieran tomarse estas flores como emblema de la castidad y de las virtudes superiores de la vida, por su blancura inmaculada, por el pudor con que se entregan a las funciones genitales en altas horas de la noche, cerrándose antes de que el sol sorprenda sus amores, por la humildad con que viven, recogiendo y almacenando reservas alimenticias durante la estación lluviosa para no morirse de hambre y sed en los meses de sequía, sin quitarle a otras plantas su alimento, ni valerse del merodeo en cuadrilla, como las hormigas, para mantener sus derechos a la vida. Aún las especies espinosas, apenas si se defienden de los animales dañinos, sin odios, sin rencores, sin envidia, defectos orgánicos de la vida animal, que no caben en la vida armoniosa de las plantas.

Anastasio Alfaro

Mayo de 1933.

Estampas

Comento a los decires de un informador superficial del imperialismo yanqui

= Colaboración directa =

La política imperialista del Departamento de Estado está preocupada con la desunión de los cinco países centroamericanos. Una porción geográfica tan pequeña debe ofrecer menos trabajo a los forjadores del Imperio. Líneas fronterizas inútiles a través de un angosto itsmo gobernado por cinco gobiernos no tienen razón de existir. Unir lo desunido parece ser la voz del Departamento de Estado.

La ha oído un informador tan puntual como Raymond Leslie Buell y tenemos ya en Centro América el folleto explicativo de los males de la desunión y de las ventajas de la unión. A Buell no se le escapa nada que tenga relación con estos países nuestros. Parece ser el ave de presa que recorre sus confines y lleva a su nación el informe que ella necesita para justificar más adelante una política de conquista. En este folleto ("Union or Desunion in Central America?") sin temores dice Buell al comienzo no más: "Cayeran (las repúblicas centroamericanas) bajo el control de un poder extraño, la posición de los Estados Unidos en Panamá estaría amenazada. El mantenimiento de la independencia de estas repúblicas es por lo tanto de "vital interés" para el Gobierno de Norte América. La materia prima que producimos es de poquísimo valor y la importancia internacional que tenemos se debe a un capricho geográfico.

Nos coloca el buen informador del Departamento de Estado en condición de inferioridad. No es nuevo el juicio. Quienes lo hayan seguido en sus continuos movimientos por suelo centroamericano conocen su manera de vernos. El itsmo sirve sólo como defensa de los intereses de los Estados Unidos. Por aquí puede pasar el poder que amenace la conquista imperialista. Y tal posibilidad debe estar prevista. Entonces Centro América deja de ser territorio indiferente. Nada importa que de aquí no salgan cargados los buques hacia puertos del Norte. No todos los suelos tienen fecundidad para dar abundante y variada materia prima a las industrias del imperialismo. Los que no la dan pueden en cambio constituir defensas naturales. Centro América para el ojo acaparador de datos de Buell no tiene más importancia que geográfica. El garfio metido en Panamá estaría amenazado si abandonaran los hombres del imperialismo estas cinco republiquitas. Diluye Buell en su folleto una serie de sucesos nimios referentes a nuestros países. Lo hace para rellenar, para poder parar la figura y que el Departamento de Estado la juzgue digna de darle sitio en la sala en donde se arman las conquistas. Quiere censurar el no reconocimiento del sanguinario Martínez, pero apenas asoma la defensa. Lo que a Buell interesa cuando habla de la política errada a su juicio que sigue el Departamento de Estado de no reconocimiento de gobiernos revolucionario es señalar la apremiante necesidad de la unión de esta geografía desunida.

Es mala la política de no reconocimiento de Martínez, porque Martínez ha seguido en el mando a pesar del no reconocimiento. Martínez ha tratado con los banqueros norteamericanos y no ha tenido estorbo alguno. Es mala esa política, porque si Orellana sucumbió a ella, Díaz, en cambio, surgió gracias a tan adelantada política. Y el ojo diligente de Buell nota que tanta contradictoria aplicación de una política derivada de Tratados impuestos por los hombres del Departamento de Estado a estos países, coloca en un plano de descrédito a los Estados Unidos. Lo mejor es abandonar los Tratados y reunir delegados de cada Gobierno centroamericano y decretar la unión. Decretada la unión al gusto del Departamento de Estado, se impondría a la nueva organización política una institución con carácter de Corte que tuviera en sus atribuciones la muy importante de conocer de los disturbios revolucionarios surgidos en las partes componentes de la confederación. Porque será unión confederada la que nos ha de dictar la mano moldeadora del Departamento de Estado. Con confederación y con Corte ajustará Centro América su vida a normas que alejen el peligro contra la posesión de los Estados Unidos en Panamá.

Genial idea la del informador imperialista Buell, dirán los que se guíen por la breve síntesis que hacemos de su folleto. Pero no hay que burlarse de un imaginador de planes políticos. Buell no busca el bien de estos países. No hay que agradecerle desvelo alguno. Su curiosidad obedece nada más que al designio de servir la política imperialista del Departamento de Estado. Ya lo oímos abriendo su folleto con una apreciación infeliz de estas naciones. No lo censura-

mos porque nos dice la verdad. Lo censuramos precisamente porque nos lleva a un plano de inferioridad para justificar la intervención civilizadora de su Gobierno. No somos babiecas que cantamos mentidas grandezas. Sabemos que cada sección de estas que quisiera ver borrada del mapa la grandeza imperialista de Buell está llena de miserias y de desventuras. Pero queremos librarlas del trato de colonia que aplica el imperialismo a suelo que sojuzga. Buell nos ve como factorías y así nos lleva en sus informes al Departamento de Estado. Somos factorías a las cuales precisa cuidar para evitar que caiga daño sobre conquistas de importancia. Pero Buell no teoriza. El error es suponerlo aislado. Sus conexiones van directamente al Departamento de Estado. Por esto aquellos que vigilen no pueden dejarlo de informar sin salirle al paso. Ahora vemos que su folleto sale de publicación que tiene en los Estados importancia en la dirección de la política externa. Lo lanza a los pueblos metidos dentro del aura imperializante otra institución con igual carácter. El propósito es sondear ánimos, prepararlos para el plan que ha de desarrollar las líneas divisorias que tanto molestan la dirección imperialista.

Mas si la píldora va a pasar por más de una garganta crédula, hagamos comprender a los que todavía reciben con reservas los planes que para protegernos conciben gentes del imperialismo norteamericano, que no es el lenguaje cortesano de Buell el que nos ayudará a luchar contra la política absorbente del Departamento de Estado. Necesitamos una franqueza que no saldrá nunca de escritores que mueven su mente atolondrados por ideas de superioridad. Para Buell el destino civilizador de los Estados Unidos no tiene flaqueza. Su nación crece en virtud de estar llamada a constituir un poder de mando formidable. La organización imperialista está forjada y lo que van haciendo allá es desarrollando un plan. Centro América es una geografía que pertenece al imperialismo. Y los trabajadores de ese imperialismo que lo saben tratan esta porción geográfica con espíritu subordinado. Buell es de ellos y nos subordina a los Estados Unidos. Nos da subordinación mezquina. No nos concede nada más que un puesto de custodia. Si se abandona vendrán los peligros para las vecindades estratégicas que el imperialismo tiene avasalladas.

Responder a la falta de estudio de un Buell con realidades es sin duda lo mejor. Una realidad es esta de que no confiamos en ninguna de las ayudas que nos vengan del Departamento de Estado. Nuestras miserias son numerosas. Cada país de los nuestros está comido por vicios terribles. La incultura nos azota por todos los rumbos. Mentira lo que Buell afirma de que Costa Rica y El Salvador se encuentran a nivel superior que los otros tres países. Podrá haber una costrilla más o menos espesa de cultura. Pero en todos priva el mismo desorden, la misma falta de estudio y la misma primacía del mediocre. El Departamento de Estado sabe lo que somos y se ha aprovechado de nuestros males para adquirir dominio. Mientras no le limiten el dominio no opone condenatorias. Se sirve de la picardía o de la ceguera de los pobladores para adquirir señorío.

Esas son realidades que oponemos a la falta de estudio de un Buell, pero no para justificar su afirmación nacida de su entraña imperialista, de ser suelos propicios a la factoría. Le pedimos estudio de nuestras condiciones y de nuestros problemas para exigirle mayor respeto en el trato. No es fácil idear para que se realice una forma de gobierno sin haber penetrado en la realidad de pueblos atormentados por sus propias miserias y por la persecución de un imperialismo desatado. Buell supone que el peligro contra los intereses de ese imperialismo en Panamá desaparece con la unión artificial de cinco naciones. Pero no es amalgama para alejar peligros lo que nuestros pueblos piden. La paz que pinta Buell animando a Centro América no llegará nunca impuesta por tratados y organizaciones políticas. Mientras se quiera encontrar nada más que cosa primitiva y propicia a la factoría, existirá la lucha fuerte. El Departamento de Estado, si no es ciego, debe estar convencido, de que ha arado en el mar con su política brutal. Y seguirá arando en un mar todavía más estéril a toda huella civilizadora si sus informadores no ven más allá de lo que ve Raymond Leslie Buell.

No es posible creernos materia blanducha hasta el extremo de chorrearse dentro de los moldes imaginados por quien aparentando conocernos ignora en absoluto lo que somos. Aspiramos a crecer en el disfrute de una libertad grande. Factorías nos quiere el imperialismo. Para hacernos factorías tolera la invasión de tanta compañía rapaz. ¿Qué dice el juicio cortesano de Buell de estas compañías? Nada dice, porque él trabaja para dar al imperialismo crecimiento pronto. Pero nosotros que las sentimos imponerse, las condenamos y le replicamos a Buell que si alguna unión necesitamos hacer no es quizá la política. De uniones debemos vivir los pueblos centroamericanos regados por el itsmo que no produce abundante materia prima a las industrias norteamericanas. Pero uniones que nos vuelvan fieros contra la conquista de tanta compañía desalmada. No vamos a salir de ninguna miseria con una confederación y una Corte ideada y sostenida por el Departamento de Estado. Esto llegaría a lo sumo a hacer más fácil el manejo yanqui. Uniones necesitamos para defender nuestra electricidad de organizaciones como la Electric Bond and Share, caídas con el ímpetu mayor de vasallaje. Uniones para acabar con una absorción pirata como la que realiza la United Fruit Company. Uniones para librar nuestras rutas aéreas del dominio esclavizador de la Pan-American Airways Inc. Uniones de toda índole para defender nuestro suelo de las esclavitudes que nos echa como plaga sucia el imperialismo.

Mas no necesitamos de uniones majaderas para que el Departamento de Estado elimine intermediarios. Cálmese Buell y no nos juzgue dignos de sus concepciones políticas avanzadas. Lucha tenemos muy recia. Luchamos contra muchos males y no nos extraña el que aflige a pueblos dignos como el salvadoreño. Sabemos como es de sanguinario el sable que allá se adueñó del mando por la traición incalificable. Y queremos que contra tales calamidades batallen nuestros pueblos. Para esto necesitamos uniones. No para consolidar esos regímenes. Pero Buell, sin estudio de nuestras aspiraciones como naciones que no quieren ser factorías yanquis nos receta uniones cortesanas.

Piénsese el informador imperialista Raymond Leslie Buell que hay por aquí espíritus vigilantes que piden estudio a los que quieren tratar nuestros problemas. Mucho estudio para decir la verdad y hacer realmente obra que pueda estimarse. Lo contrario es servir muy tontamente la política imperialista del Departamento de Estado que condenamos por rapaz y por incivilizada. Una forma de incivilización es pretender hacer factorías yanquis de naciones con derecho a vivir con libertad pura.

Juan del Camino

Costa Rica y mayo de 1933.

INDICE



29 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Federico Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra* ₡ 2.00
Raúl A. Orgaz, Esnesto Quesada: *La concepción spengleriana del derecho* 3.00
Liam O'Flaherty: *El delator* 3.00
Lucien Echaman: *Le Grand Mirage Usa*. 3.00
Andrés Nin: *Las dictaduras de nuestro tiempo* 3.00
Belyk y Panteleew: *Schkid-La república de los vagabundos* 3.50
L. Trotski: *El gran organizador de derrotas* 3.00
Luis Büchner: *Fuerza y materia* 2.00
H. Bujarin: *La economía mundial y el imperialismo* 2.50
Klabund: *Los Borgia* 3.00
Sillenpaa: *Santa miseria* 3.00
Charlie Chaplin: *Mis andanzas por Europa* 3.00
Hermann Hesse: *Damián* 3.00
Mario Puccini: *Viva la anarquía!* Novela. 2.00
Diego Hidalgo: *Un notario español en Rusia* 3.00
Higinio Noja Ruiz: *Gandhi amimador de la India* 1.00
I. Puente: *Embriología* 2.00
Ramón J. Sender: *Imán*. Novela 3.00
E. M. Remarque: *Después* 3.50
Upton Sinclair: *Un patriota 100 por 100* 3.00
María Leitner: *Hotel América* 3.00
C. F. Ramuz: *Cumbres de Espanto* 3.00
Nathan Asch: *22 de agosto* 3.00
H. Kesten: *Un libertino* 3.00
Alfonso Arinos: *Cuentos de tierra adentro* .... ₡ 1.75
José Arias Gómez: *El gramófono moderno*. (Su buen uso, conservación de discos, empleo de aguja apropiada) 3.00
Fray Juan de los Angeles: *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma* 2.00
Azorín: *Brandy, mucho Brandy* 0.50
Azorín: *Old Spain* 0.50

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común

= De la excelente *Revista de Educación*, órgano del Consejo Nacional de Educación de la República Dominicana. En el N.º 16 del año IV =

La literatura no existe como asignatura especial en los estudios primarios, pero tiene gran importancia en la enseñanza de la lectura y de la composición. Buena orientación literaria debería ser, pues, una de las condiciones del maestro. Buena orientación, nada más, pero nada menos: no se puede exigir, dentro de la situación actual del magisterio, en el mundo todo, extensa cultura, ni menos aún erudición, que estaría fuera del lugar en la escuela primaria; pero no es demasiado pedir buen gusto y discernimiento claro.

Quizás en esa fórmula, **buena orientación**, podríamos compendiar todo el secreto de la enseñanza literaria, tanto en la escuela elemental como en la superior. Quien haya adquirido en las escuelas normales, o en los colegios, o en los liceos, o por propia cuenta, la buena orientación, estará en aptitud de acertar siempre. Buena orientación es la que nos permite distinguir calidades en las obras literarias, porque desde temprano tuvimos contacto con las cosas mejores. ¡Cuánta importancia tiene que el maestro sepa distinguir entre la genuina y la falsa literatura; entre la que representa un esfuerzo noble para interpretar la vida, acendrando los jugos mejores de la personalidad humana, y la que sólo representa una habilidad para simular sentimientos o ideas, repitiendo fórmulas degeneradas a fuerza de uso y apelando, para hacerse aplaudir, a todas las perezas que se apoyan en la costumbre! Bien se ha dicho que el primero que comparó a una mujer con una rosa fué un hombre de genio y el último que repitió la comparación fué un tonto. Toda literatura genuina tiene sabor de primicia: aun cuando ninguno de los elementos de que se compone resulte estrictamente nuevo, queda la novedad de la manera, del acento, que nos revela cómo el escritor ha sentido de nuevo las emociones que expresa, aunque sean eternas y universales; cómo ha creado de nuevo sus imágenes, aunque surjan de cosas vistas por todos. Por eso, quien haya formado su gusto literario en la lectura de obras esenciales, de obras que representan creación e iniciación, discernirá fácilmente el artificio de las cosas falsas.

Hay estorbos todavía, en las más de nuestras escuelas secundarias, para la enseñanza útil de la literatura: el tiempo que se dedica a la preceptiva, nombre nuevo, de apariencia inofensiva, detrás del cual se esconde la vieja retórica. ¿Dónde está el mal? Está en que la asignatura es inútil, porque la retórica se basa en el supuesto de que el arte, la creación de la belleza, puede someterse a reglas, reducirse a fórmulas. Y el supuesto es falso.

No sé si haya quienes se asombren todavía de que sea un catedrático de literatura quien confiese que el arte literario no puede enseñarse. Como es posible que los haya, voy a explicarme. Toda obra de arte implica una gramática y una retórica. La gramática tiene que aprenderse y puede enseñarse; la retórica no debe enseñarse. La gramática nos da las reglas sobre el uso del material con que hemos de realizar nuestra obra: el material nos las impone. Así, en pintura existen las reglas generales del dibujo, existen reglas elementales sobre el óleo, y sobre el temple, y sobre la acuarela, y sobre la aguada, y sobre el aguafuerte, y sobre la punta seca, y sobre todos los demás procedimientos: tales reglas constituyen la gramática del arte pictórico, y sin ellas no es posible comenzar a pintar. ¿Y quién no sabe que la música es un lenguaje con una gramática compleja? Para la literatura, la gramática del idioma en que se escriba es aprendizaje previo. Todo artista, en arquitectura, o en escultura, o en pintura, o en danza, o en música, o en literatura, ha comenzado por adquirir el medio que ha de servirle para su expresión y desembarazarse de los problemas gramaticales de su arte. Todos, mal que bien, aprenden su gramática. Unos la aprenden solos, como el músico que toca de oído y hasta compone sin conocer la escritura musical; como el poeta campesino que improvisa coplas sin saber leer ni escribir. La enseñanza ajena no tiene otro valor que el de economizar tiempo: toda enseñanza compendia resultados de muchos siglos y los trasmite en pocos años, a veces en pocos días. Por eso, el que aprende solo marcha tan lentamente que raras veces llega muy lejos: el músico que compone de oído, nunca pasa de composiciones breves; el poeta que no sabe leer, difícilmente va más allá de las coplas fugaces. Sus obras pueden ser admirables **(l'esprit souffle oú il veut)**, pero son siempre limitadas. En apariencia, la gramática de la lengua literaria es la que menos se estudia entre todas las técnicas previas al cultivo de las artes; pero no hay que engañarse: si separamos, de la mera teoría gramatical de definiciones y clasificaciones, las reglas sobre el uso, veremos que las reglas se imponen siempre. La teoría gramatical de nuestros textos es el conato imperfecto de la ciencia del lenguaje, que ha sobrevivido en la enseñanza común, tanto primaria como secundaria, en espera de que la desaloje la lingüística: consumación que devotamente debemos desear para cuanto antes. Pero, al contrario de lo que sucede con las reglas sobre los medios de expresión de las otras artes, las reglas sobre el buen uso de los idiomas se pueden aprender con poca colaboración de la escuela: se aprenden, sobre todo, prestando atención al habla de las personas cultas y leyendo buenos libros. Los escritores que más rebeldes a la gramática se declaran, sólo son enemigos de la arcaica nomenclatura y de las rutinarias clasificaciones que todavía circu-

Renglones alusivos

Amigo García:

Le envío esa página grande del maestro dominicano, Pedro Henríquez Ureña. Me ha complacido mucho encontrarla en mis papeles nuevos. Es una fresca lección de alto espíritu y de intenso aliento sugestivo. Se refiere a la enseñanza del idioma para servicio del arte literario. Algunos lo siguen haciendo con sus gramáticas, pero un idioma, como instrumento de expresión estética, no se aprende en gramáticas: se llega a poseer cuando se convierte en un poder íntimo constructivo en el artista, por sensibilidad, sobre todas las cosas. ¿Por qué no todo profesor de gramática es un cultivador elegante de su idioma? ¿Y por qué sucede lo que es más singular aún, que el profesor de gramática, sincero, tiene que usar ejemplos de artistas que no se formaron en el mezquino comercio con textos escolares? Porque la gramática es la disecación del lenguaje, trabajo de habilidad mecánica puramente y, como tal, rutinario, infecundo, y el arte es la vida misma. Constituyen legión los escritores que se hicieron en el contacto, casi salvaje, con la realidad, sin un libro en la mano, o apenas con una página inspiradora que una circunstancia cualquiera puso a su alcance. El lenguaje es la expresión de la vida del hombre o del pueblo que lo cultiva y se adquiere por la potencia misma del vivir. Hacerse la cómoda ilusión de que se enseña en reglas, es un error evangelico, una enfermedad que, como decía Jesús al discípulo, sólo con oración y ayuno se cura. Hay que ver cómo los niños van penetrando en los matices más complicados del idioma y hay que oír a los campesinos contar las epopeyas de su existencia con palabras verdaderas y vivientes. Pero debe convenirse en que los niños todavía no han sido sometidos a los suplicios de los programas escolares y que los campesinos tuvieron la suerte de librar su alma del pecado de aprendizaje. Mucho de esto nos ofrenda el maestro como pensamiento y advertencia y como sé que la página honra a su *Repertorio*, se la envío amistosamente.

Rómulo Tovar

San José 29 de abril del 33.

Añade el editor:—Llega a tiempo el señor Tovar con sus «papeles nuevos». La doctrina del señor Henríquez Ureña es la acertada, la provechosa, la que aconseja una experiencia larga e inteligente; en la Rep. Dominicana será acogida por maestros y profesores,—para bien de los alumnos dominicanos,—pues afortunadamente Pedro Henríquez Ureña es ahora en su patria Superintendente Gral. de Educación y a la vez, Presidente del Consejo de Educación. Es como el otro gran espíritu que también inspecciona la enseñanza primaria y normalista en Colombia: Agustín Nieto Caballero. Al fin, para consuelo de minorías inconformes, no siempre ha de ser en estos países al garete, burocracia docente, pecado contra el Espíritu, pedantería agresiva y vanidosa de claustros.

lan en los manuales: el más revolucionario de los escritores, en cualquier época, sólo toca a mínima parte de su idioma, parte cuantitativamente insignificante, aunque cualitativamente parezca enorme a los puristas.

La gramática, así entendida, camino previo que atravesamos para llegar hasta la literatura, ha de ser camino expedito para la poesía lo mismo que para la prosa. En efecto, las reglas sobre el verso pertenecen estrictamente a la gramática, y ya las incluyen muchos textos gramaticales, aunque todavía no el de la Academia Española: era uno de tantos errores tradicionales el situarlas dentro de la poética. La versificación forma parte de la fonética o, como dicen nuestros manuales castellanos, de la prosodia. Todavía en inglés se llama exclusivamente prosodia a la versificación, según la tradición grecolatina, en que la prosodia era el estudio de la cantidad de las sílabas, base de la métrica en la antigüedad clásica.

Pero cuando hemos atravesado el camino gramatical, cuando nos sentimos en posesión del instrumento de nuestro arte, ya sea el idioma hablado, ya sea el lenguaje musical, ya sean los medios materiales de las artes plásticas, todavía no estamos en situación de crear belleza. No basta escribir con corrección la lengua culta para ser buen escritor, ni menos basta conocer y aplicar bien las reglas de la versificación para ser buen poeta, como no basta saber dibujar correctamente y manejar los colores para ser buen pintor. Donde termina la gramática comienza el arte. En otro tiempo, donde terminaba la gramática comenzaba la retórica. Y se me dirá: ¿Cómo pudo la humanidad equivocarse tanto tiempo? Me apresuro a contestar que la equivocación duró y se extendió mucho menos de lo que pudiera creerse. Limitándonos a Europa vemos que, entre los griegos, el aprendizaje del arte literario era una especie de aprendizaje de gremio y de taller: los poetas aprendían unos de otros; en la escuela sólo se aprendía a conocerlos, a leerlos, especialmente los poemas homéricos. Durante la gran época helénica, se inicia y se extiende la enseñanza de la oratoria, a la cual se dió, precisamente, el nombre de retórica, limitada entonces al arte de persuadir, pero como enseñanza práctica. El tratado más antiguo que conservamos es el de Aristóteles, quien aplica al estudio literario sus dones prodigiosos de observación científica. Pero la oratoria difícilmente florece como arte puro: su origen, entre los griegos, fué forense, y su carácter utilitario persistió hasta el final del mundo antiguo, aunque Lisias y Demóstenes hayan sido grandes artistas del discurso.

Los romanos, pueblo de organizadores y de legisladores, amigos de los sistemas y de las reglas, fueron en literatura, el primer pueblo académico de Europa. Como en lugar de desenvolver su literatura autóctona la abandonaron para adoptar las formas de la griega, tuvieron que reglamentar el arte literario para facilitar su adquisición. La retórica y la poética son para ellos asignaturas de escuela. Desde entonces se perpetúan, con alternativas, y atraviesan la Edad Media. Pero esta enseñanza de la retórica y la poética, en los siglos medievales, se hace en latín: se enseña a escribir discursos y poemas latinos, porque el latín es la única lengua culta de la Europa occidental. Entre tanto, nace la literatura de las lenguas vulgares, y nada tiene que ver con la preceptiva de las escuelas. Las **Eddas,** las Sagas, el **Cantar de los Nibelungos**, la **Canción de Rolando**, el **Cantar de Mio Cid**, el romancero español, los poemas religiosos, las narraciones caballerescas, nada deben a la retórica ni a la poética latina. Ni siquiera les debe nada la poesía de los trovadores provenzales, ni la **Divina Comedia,** ni los sonetos de Petrarca, ni los cuentos y novelas de Boccaccio. En el Renacimiento, los humanistas tratan de imponer las reglas de la antigüedad clásica a la cultura moderna, y en parte lo consiguen; pero muchos escritores son rebeldes, y grandes porciones de la literatura de Europa se producen enteramente aparte, cuando no francamente en contra, de las reglamentaciones académicas: la epopeya fantástica de Boyardo y de Ariosto; el teatro de Shakespeare y Marlowe; el de Lope y Calderón; toda la novela, desde el **Lazarillo** y el **Quijote** hasta el **Gulliver** y el **Cándido...** Cuando en las escuelas la preceptiva empieza a trasladarse del latín a las lenguas modernas, justamente le queda poco tiempo de vida: en el siglo xviii se la suprime o se la transforma. En Inglaterra, durante aquel siglo, dice Jebb, "la función del conferenciante de retórica se transformó en la corrección de temas escritos por los estudiantes, si bien el título del catedrático persistió idéntico mucho tiempo después de que el cargo había perdido su significación primitiva". En las universidades de los Estados Unidos, como supervivencia, se llama todavía profesor o instructor de retórica al que enseña la composición inglesa, cuyo objeto es adiestrar al estudiante en el buen manejo del inglés escrito; en Inglaterra se llama a esta asignatura el "curso de Inglés". Y en la enseñanza francesa tampoco se conserva la preceptiva, a pesar de que el penúltimo año de la escuela secundaria conserva el nombre de **classe de rhétorique:** "Ya no se enseña la retórica—dice Chaignet— en las **clases de retórica** de los liceos de Francia: tanto vale decir que ya no se enseña en ninguna parte". Pero sí: la preceptiva persiste en países de lengua española; en muchos, no en todos. ¿Explicación? Mera reliquia arcaica.

La retórica es un sistema de reglas, y el vulgo supone que el arte se hace con reglas, que todo arte implica algún "conjunto de reglas". En realidad, confunde los requisitos de la gramática con los del arte. Y el error proviene del doble uso que en el latín y en las lenguas románicas se hace de la palabra **arte:** tanto llamamos arte a la creación de belleza, que en esencia es libre, como a cualquier técnica, que en esencia es reglamentación. Los griegos distinguían claramente la **poiesis,** que es la invención estética, y la **tekhné,** que es reglamentación práctica. La regla implica repetición y la creación estética implica invención.

Y se me preguntará: ¿por qué, fuera de toda enseñanza de colegio, se erigen reglas, se constituyente procedimientos que se trasmiten fórmulas de arte que se repiten? Ante todo, por la inevitable tendencia humana a la imitación: no todos los escritores tienen capacidad de inventar, y muchos se acogen a la imitación; repiten, con ligeras variaciones, las primicias de los espíritus originales. Y en épocas primitivas hay otro motivo fundamental, cuyas consecuencias se prolongan hasta épocas de plenitud: las artes nacen de la religión o unidas a la religión; en sus orígenes, muchas formas artísticas son formas rituales. El rito implica la repetición. De ahí, por ejemplo, las formas de la tragedia griega: el rito de Dionisos exigía que el coro permaneciese en el teatro, cerca del altar, desde que entraba; el desarrollo de la obra exigía como suceso central una transformación o cambio, una **peripecia;** todo obedecía a reglas fijas. Cuando las razones rituales desaparecen, quedan las reglas. Y después, por el perdurable motivo de la imitación, las formas de arte tienden a repetirse: así nacen las escuelas literarias; así se propagan las modas. Los dramaturgos ingleses de principios del siglo xvii no tenían ningún deseo de adoptar las reglas que Castelvetro había dictado en nombre de Aristóteles (las tres unidades, por ejemplo); en cambio, vaciaban sus obras en los moldes que Marlowe y Shakespeare acababan de forjar, aunque sobre ellos no había tratados ni reglamentaciones escritas de ninguna especie. Faltando los motivos rituales para perpetuación de las formas artísticas, la invención y la imitación obran libremente. Es inútil legislar sobre ellas: constantemente se remuevan los géneros y los estilos. Y desde los últimos cien años, con más rapidez que antes: cuando las formas literarias se difunden hasta el punto de entrar en los tratados, es seguro que están moribundas y que las generaciones nuevas las abandonarán. Abrase cualquier tratado de preceptiva: ¿qué se encontrará en él? Reglas para escribir obras que, en la mayoría de los casos, nadie quiere escribir ya, formas como la tragedia clásica, cuya acta de defunción se levantó en 1830, como el poema épico, que dejó de componerse en el siglo xviii, como la égloga, que vió su última luz en el xvii (1).

Pedro Henríquez Ureña

(Concluirá en la próxima entrega)

---

(1) José Enrique Rodo, en su artículo *La enseñanza de la literatura* (1909), recojida en su libro *El mirador de Próspero* (Montevideo, 1913), censuraba este peculiar arcaismo de los tratados. Desgraciadamente, no se atrevió a declarar la inutilidad esencial de la preceptiva.

La verdadera personalidad de Aristides Briand, pacifista

= De *Les Annales*, París. Versión de *El Tiempo*, Bogotá =

Todo hombre público tiene dos personalidades. La una es legendaria; se forma con las anécdotas deformadas por los enemigos, con las virtudes inventadas por los amigos, con rasgos exagerados por la caricatura o el elogio. La otra personalidad es real y se la encontrará siempre más sencilla y más hu mana.

¿Quienes creían saber de Briand, no eran acaso los que no sabían nada de él? Que había sido veinte veces ministro y diez veces presidente del consejo, que pasaba sus momentos de reposo en el campo y que su placer favorito era el de pescar "a la ligné"; que era perezoso, que no leía sino novelas policiacas y que preparaba sus discursos envolviendo su eterno cigarrillo... ¿Cómo explicar el prestigio universal de ese pescador "a la ligné" y de ese fumador de cigarrillos?

—Desde luego, decían ellos, tiene "antenas". Si habla en una asamblea, percibe las reacciones de sus oyentes con tal sensibilidad que inmediatamente inclina sus discursos hacia lo necesario para seducir y esta conquista por la elocuencia le es tanto más fácil cuanto que no solo tiene antenas sino también una voz de violoncello.

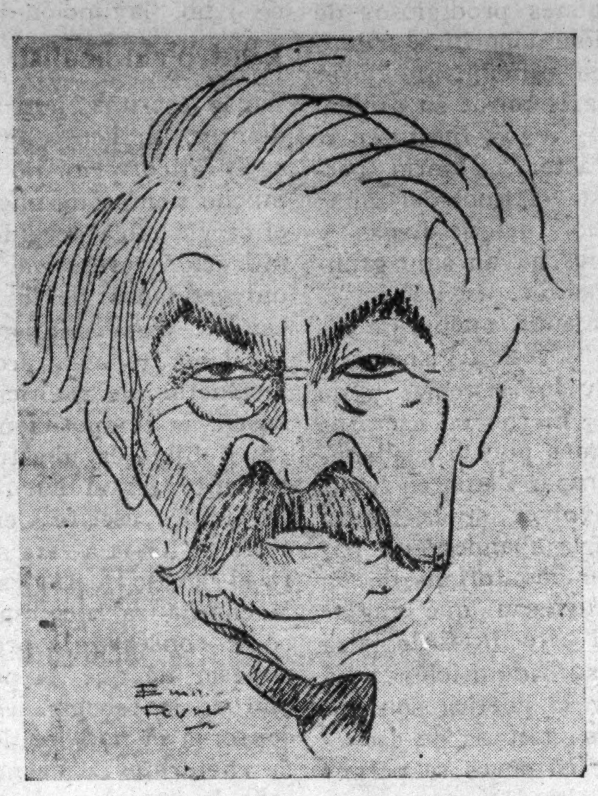
Porque la leyenda exigía que la voz de Briand fuera un instrumento mágico a cuyo sonido, como el de la lira de Orfeo, asambleas y pueblos, encantados y vencidos, se entregaran dócilmente. Un gran sombrero de pescador, un cigarrillo en la mano, las antenas y la voz de violoncello, he aquí los accesorios indispensables para construir ese personaje esquemático, potente y misterioso: el Briand de la leyenda... El Briand real era bien diferente. No pescaba jamás "a la ligné"; nada le fastidiaba más. Leía mucho y sobre todo relaciones de viaje, pero también historia (cuando lo traté la primera vez acababa de leer muchas obras sobre Luis XI) y si poseía una hermosa voz profunda, no logré notar nunca que tuviera las sonoridades del violoncello.

Desde luego el Briand real conocía el Briand de la leyenda y no hacía nada por destruirla. Por el contrario, se servía de ella; encontraba bastante cómoda la doble figura que lo reemplazaba en el espíritu del hombre de la calle. Hablaba a veces de ella como Charlie Chaplin habla del pequeño buen hombre de la pantalla.

—¿Para qué, decía él, queréis que yo diga al público que no pesco a la ligné? Es muy simpático pescar así. Un pescador a la ligné es un hombre tranquilizador... Inspira confianza... Evoca imágenes de paz...

Y de pronto, sin darse el aire de querer hacerlo, añadía él mismo, concientemente, una anécdota a su leyenda.

¿Pero cómo era el Briand real? ¿Cuál



Aristides Briand
(Dibujo de *Ferrer*)

el hombre verdadero que hubierais conocido al almorzar con él en Ginebra o en París? Habríais visto entrar a un hombre macizo, un poco encorvado, de fisonomía arrugada. Y habríais pensado instintivamente en una de aquellas rocas azotadas por la tempestad que por la erosión de los contornos han adquirido una extraña y ruda belleza. Y en cuanto hablaba, esa impresión hubiera sido más honda. Y habríais comprendido cómo este hombre, testigo de tantos acontecimientos y cosas, tan atacado, tan calumniado, tan adulado, tan derribado, tan cortejado, se sumergía en un océano de prudencia y sabiduría, para limar su vanidad, su ambición, sus rencores y en cambio poner a la luz las señales profundas del buen sentido y la sencillez. Y luego le habríais escuchado en silencio, porque fué Briand un maravilloso narrador y cuando estaba en un grupo gustábale hablar él solo.

—Se me reprocha, decía él, hacer una política de conversaciones... Creo yo, por el contrario, que si tengo algún mérito es el de haber llevado a la vida internacional el tono de las conversaciones...

Todas esas gentes eran las esclavas de su elocuencia. Cuando el canciller Luther vino por primera vez a hablar con Chamberlain y conmigo, los llevé a un restaurante... Luther, que estaba emocionado, comenzó un discurso. Y yo le dije:

—Guardemos esto para los parlamentos. Estamos aquí para comer tranquilamente y si tenemos cosas así sea las más difíciles y penosas que decirnos, digámoslas, pero sin frases.

Sonrió y volvimos a ser hombres. Un Snowden también... No es un mal hombre, después de todo, este Snowden. Sólo que llegó a La Haya con ideas muy falsas sobre Francia y se colocó en una posición muy falsa. No sabía cómo salir de ella. Su mujer, que es muy gentil, un día en que comía a su lado, me dijo:

—Mi marido desea mucho hablarle, señor Briand...

—No hay nada más fácil, le respondí. Que venga a visitarme.

Ella me replicó:

—Sí... Pero hay una cuestión que es casi de honor; él no puede dar los primeros pasos...

—Se puede arreglar esto, respondíle. Adatci nos puede invitar a tomar el té juntos.

Nos encontramos en casa de Adatci. Allí le dije a Snowden:

—¿Qué creéis? Que nosotros somos ladrones? ¿Que hemos querido "pickpotear" los bolsillos de los ingleses? Nada de esto. Habríais debido venir desde el principio de la conferencia y ante la conferencia a decirnos graciosamente: "No se han observado los porcentajes de Spa... Deseamos que se nos atribuyan los saldos restantes del plan Young". Y nosotros hubiéramos dicho sí... en seguida... Y ahora, en el fondo, qué es lo que pretendéis. Deseais volver a vuestro país sin haber cedido y al mismo tiempo os gustaría arreglaros con nosotros..

El me dijo:

—Sí, estáis en lo cierto.

—Pues bien, interrumpí, esto no es imposible; se puede encontrar una solución que satisfaga a las dos opiniones públicas...

Evidentemente yo habría podido romper conversaciones y volver como triunfador... Habría sido fácil, estúpido y glorioso al propio tiempo... Sólo que con tal proceder Francia perdía la amistad de Inglaterra... No lo quise así, y en verdad, ¿qué sacrificamos en La Haya? En dinero, nada. ¿En evacuación? El mismo mariscal Foch me dijo que era muy peligroso ocupar la tercera zona con tropas en flecha hacia Maguncia... ¿Entonces? Sacrificamos doce días de nuestro tiempo, en período de vacaciones para mantener seis meses más el equilibrio de Europa... Y creo que esto no resultó muy caro. Sólo que cuando se sigue un método semejante se da al mundo un poco más de paz, pero no se tiene la reputación de gran político. Ved, si yo tuviera un hijo y quisiera hacer política en Francia, yo le diría: "Oculta tu fantasía, oculta tu alegría de vivir, oculta tu buen humor. Debes ser sombrío, triste, fastidioso. Lo que fascina al gran público burgués, es un hombre que lleva su cabeza como un Santo Sacramento, y que tiene el aire de venir siempre de un entierro..." Evidentemente sería fuerte adoptar esta máscara y ser humano por dentro, pero no es ello fácil. Pa-

(*Pasa a la página 271*)

Los dos Cides

= *Envío del autor. Cartago, C. R.* =

Un francés para ser buen trágico ha de hacerse medio griego como Racine o medio español como Corneille.

Eugenio d'Ors

Allí está el pecado de Corneille: no haber sido español más que a medias.

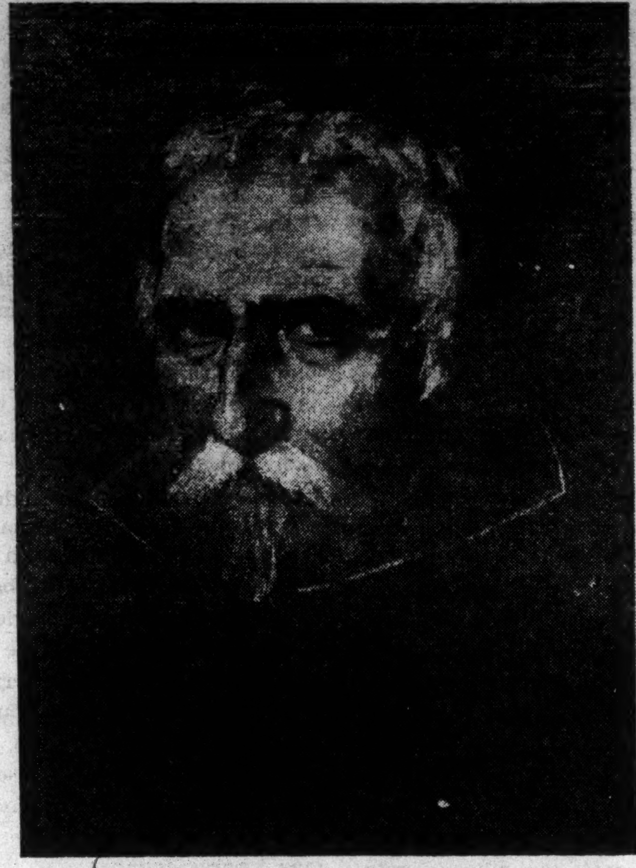
En nuestra última lección, al revisar el ensayo de Brunetiére "Sur le Caractére Essentiel de la Littérature Francaise" dimos con el siguiente párrafo: "¿Por qué el Cid de Guillén de Castro, que es un hermoso drama donde no sería difícil hallar cualidades que faltan en el de Corneille, no ha tenido la misma fortuna en Europa? Porque Guillén de Castro, como buen español, no vió el asunto más que por el lado puramente heroico. El no vió lo que Corneille, en cambio, supo destacar tan bien: el conflicto de la pasión de Rodrigo con la ley social, y si es cierto que extrajo todo el interés pintoresco que el tema tenía, el interés propiamente humano se le fué por alto".

Aunque temeroso de pronunciarme en contra de una opinión tan autorizada, hube al fin de expresar mi desacuerdo pensando que después de todo los manes de Brunetiére no habrían de turbarse demasiado porque un pobre estudiante de las letras francesas de este lado del mar le dijera una vez sola, por las muchas que él la dijo, su frase favorita: "Monsieur, je ne suis pas de votre avis", y que en cambio, si callaba, los de Guillén de Castro pudiera ser que viniesen a turbar mi sueño en venganza de haber permitido que pasara sin reparo de mi parte, como invención de Corneille, el conflicto entre el honor y el amor, siendo así que todavía sonaban en mi memoria los versos de Las Mocedades:

En dos balanças he puesto
ser honrado, y ser amante.
Mas mi padre es éste; rabio
ya por hazer su vengança,
que cayó la una balança
con el peso del agravio!

Pero puesto en el camino de la controversia, no paré allí, que en estas cosas todo es comenzar, o como suelen decir los franceses, c'est le premier pas qui coute, y la emprendí punto y seguido contra El Cid de Corneille.

Gran temeridad la mía, blasfemar del gran Corneille, padre del teatro francés, de quien dijo Napoleón: "s'il eut vecu de mon temps je l'aurais fait prince", y de cuyos dramas escribió Voltaire que eran "une école de grandeur d'ame", y blasfemar de él especialmente por su Cid que causó, desde que Mondory lo estrenó en el Marais el año 1636, tal revuelo de entusiasmo hasta originar el proverbio, "c'est beau comme Le Cid"! Júzguese de la consternación de mis compañeros cuando me oyeron decir que la obra maestra corneliana era en



Guillén de Castro

(Posible imagen)

Renglones alusivos

Este ensayo fué escrito originalmente en inglés para ser leído en la clase de Crítica Literaria Francesa de la Universidad de Brown, Providence, R. I.

Quiero dedicar esta traducción española al Profesor Horatio Smith y a los demás amigos de Brown, donde fuí maestro y estudiante, sobre todo, estudiante.

Mi imaginación se complace todavía, cuando la dejo correr a sus anchas, en pasearse por aquellos lugares tan queridos, ora en las tardes doradas de otoño, ora en las mañanas límpidas de invierno. Con su ayuda vuelvo a ver los dormitorios alegres de los estudiantes, las rumorosas aulas, y allá, en el centro del Yard, la estatua del Emperador Marco Aurelio, la misma que se ve en el Capitolio de Roma, con su aire de inefable nobleza y de augusta serenidad.

Ungidas de la nostalgia que me dejan estos viajes de mi imaginación, envío ahora allá las siguientes páginas.

Mario Sancho

Cartago, Costa Rica, 5 de abril de 1935.



Pierre Corneille
(1643)

mi sentir falsa, convencional y ridícula, y que Las Mocedades del oscuro valenciano Guillén de Castro eran, en punto a verdad histórica, vigor de sentimiento, colorido y naturalidad de expresión, muy superiores. ¡Cómo podía atreverse nadie a decir tales herejías imperdonables y sólo explicables por un prurito de amor patrio!

Dios sabe, sin embargo, que no me movieron supersticiones de raza, y que mucho como quiero a la que me dió el ser y la lengua, no me domina ni ciega el sentimiento en materias literarias, y así no tengo dificultad en decir que daría todo el teatro del Siglo de Oro español por Shakespeare, y que entre el jesuítico Gracián y el gran señor de Montaigne, me quedo mil veces con Montaigne. Si en el caso de Corneille versus Castro he tomado partido por el último, no es porque sea español, sino porque habiendo leído su drama me gustó, y porque habiendo visto la tragedia de Corneille me pareció fría y declamatoria y absurda por añadidura. En cuestiones de gusto, aunque trato de instruirme todo lo que puedo en las opiniones y puntos de vista de los demás, me reservo el derecho de juzgar por mí mismo en última instancia. Sé bien que los franceses no se cansan de decir que la aparición del Cid señala una época en la historia general de la literatura y de que su autor "excelle dans la création de caractéres", pero la verdad es que los de esta tragedia me dejan frío y a pesar de los alejandrinos sonoros y elegantes no me puedo olvidar de la absurdidad y del convencionalismo que respiran.

En literatura como en todas las cosas hay prestigios convencionales que disfrutan de una fama superior a su mérito intrínseco debida a las circunstancias especiales en que aparecieron y a veces aceptada por todo el mundo, aún por aquellos que menos se interesan y gustan de tales obras; pero ni el éxito ni la opinión condescendiente dan siempre la medida del valor real. Entre las muchas inepcias que contenían los famosos "Sentiments de l'Academie sur Le Cid", se leen estas palabras llenas de verdad: "Elle (l'Academie) a bien cru que le Cid pourrait etre bon, mais elle n'a pas cru qu'il fallut conclure qu'il le fut, á cause seulement qu'il avait été agréable... La nature et la verité ont mis un certain prix aux choses, qui ne peut etre changé par celui que le hasard ou l'opinion y mettent, et c'est se condamner soi-meme que d'en faire jugement selon ce qu'elles paraissent, et non pas se-

lon ce qu'elles sont". Lástima grande que las censuras de la ilustre Compañía sobre el drama de Corneille no estén todas inspiradas en el mismo buen sentido que trascienden estas palabras y que muchas de ellas no valgan más que las Objeciones del imbécil Scudery, quien acusaba al poeta normando de haber violado las reglas cuando la verdad es que por no violarlas incurrió él en las inverosimilitudes y absurdidades que ahora nos chocan. Los parisienses hicieron bien en reírse de aquella clique de envidiosos y de no hacer caso de reparos más estúpidos que los defectos que criticaban. Creo que fué esto una de las razones por qué el público se obstinó en su actitud ditirámbica hacia el Cid, esto y el disgusto de ver al odiado Richelieu usando su poder e influencia sobre los timoratos académicos para satisfacer, aunque no fuese más que en parte, su envidia y vanidad literarias.

En vain contre le Cid un ministre se ligue:
Tout Paris pour Chimene a les yeux de Rodrigue.
L'Academie en corps a beau le censurer,
Le public révolté s'obstine a l'admirer.

Como se ve no es mi intento resucitar la famosa querella que tanto apasionó a los súbditos de Luis XIII y Ana de Austria y de la cual no recordamos ahora con gusto más que los epigramas ingeniosos como aquel de Mairet puesto en la boca del Cid español contra su traductor francés:

Ingrat, rends-moi mon Cid jusques au dernier mot:
Apres tu connoitras, Corneille déplumée,
Que l'esprit le plus vain est souvent le plus sot,
Et qu'enfin tu me dois toute ta renommée.

Quiero únicamente considerar las dos piezas, la española y la francesa, bajo el punto de vista de la verdad de los sentimientos y la naturalidad de las situaciones.

Veamos el Cid según Guillén de Castro y Pierre Corneille: Las Mocedades comienzan cuando don Rodrigo es armado caballero en la Capilla de Santiago, patrón de España, en el Palacio Real de Burgos. El rey don Fernando le da su propia espada y ordena a la Infanta doña Urraca que le calce las espuelas. Doña Ximena es todo ojos y admiración por el apuesto mancebo. Después de la ceremonia el rey llama a consejo a los grandes de su corte para notificarles que ha nombrado a don Diego ayo de su hijo don Sancho. El Conde Lozano, padre de Ximena, que ambicionaba el puesto, se enfurece, insulta a don Diego y acaba dándole una bofetada. Esta escena y la siguiente, en que se pinta el dolor del anciano hidalgo, incapaz por sus años de vengar la injuria con sus propias manos, son en el original español de una fuerza irresistible. Don Diego se va a su casa, llama a sus dos hijos menores y para probarlos les aprieta la mano con fiereza; los tiernos muchachos se quejan, y entonces recurre a Rodrigo, a quien el hecho de no haber sido llamado primero tiene ya disgustado y la prueba acaba de enfurecer. Su cólera suena gratísima a los oídos del viejo que ha descubierto en él el recio temple de su raza. Don Diego le cuenta su afrenta y Rodrigo sale a vengarla después del combate que se libra en sus adentros entre su amor a Ximena y su deber filial. Va, busca al Conde y le mata.

Corneille omite la primera escena de la toma de armas y es lástima, pues que ella contribuye tanto a la atmósfera caballeresca del drama y nos explica además los principios de la pasión de las dos damas por el apuesto caballero. El encuentro entre éste y el Conde, aunque imitado de Castro, se resiente de las largas tiradas a que era tan dado el poeta francés. Si en Las Mocedades don Diego se impacienta con su hijo y le urge a la acción gritándole aquello de que las muchas palabras quitan la fuerza a la espada (les longues discours emoussent l'épée), ¿qué habría dicho el fiero castellano si hubiera tenido que oír el monólogo que Corneille pone en boca de su vengador? El Conde al fin de mucho hablar consiente en batirse, convencido por una peregrina razón: "Viens, tu fais ton devoir, et le fils dégénére.—Qui survirt un moment a l'honneur de son pére". Uno no puede menos de sonreir ante esta salida de moralista tan fuera de lugar dentro de las circunstancias.

Oigamos lo que tiene que decir sobre la escena del reto el americano J. B. Segall en su libro "Corneille and the Spanish Drama": "El texto español es todava más fuerte:

Conde!—Quién es?—A esta parte
Quiero decirte quién soy.—
Qué me quieres?—Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí
Sabes quién es?—Ya lo sé,
Por qué lo dices?—Por qué?
Habla bajo, escucha.

Las palabras "ote-moi d'un doute", escribe Segall más adelante, refiriéndose a la imitación corneliana, se deben a la necesidad de una rima con "écoute". Y las palabras "parlons bas, écoute", estando los dos hombres solos, no tiene razón de ser; en Castro, donde el desafío de Rodrigo, la disputa que sigue, y parte del duelo, ocurren en presencia de cortesanos y amigos de ambas partes, estas palabras son adecuadas a la situación. Uno puede imaginarse fácilmente a Rodrigo, hablando en voz baja y apuntando a "aquel viejo", su padre, que le exhorta al combate. La escena de Guillén de Castro es muy superior a la de Corneille y mucho más impresionante".

En el Acto II doña Ximena y don Diego aparecen ante el Rey, aquélla a pedir justicia y éste a justificar la acción de su hijo. Luego se presenta Rodrigo en casa de Ximena para darle ocasión de que se vengue por sí misma. La acongojada doncella, que todavía le ama, no puede matarlo ni tampoco perdonarlo y se debate a su vez entre su amor y su deber de hija. Oigamos de nuevo al señor Segall comentando la adaptación de Corneille: "Las escenas entre Rodrigo y Elvira, y entre Rodrigo y Ximena, están imitadas ambas del modelo español; las ideas y los sentimientos expresados son muy parecidos y muchos versos son traducciones. La escena entre los dos amantes es una de las más bellas de la tragedia; pero su efecto es menos fuerte que el de la escena correspondiente del original del cual está casi enteramente tomada. El lenguaje en Castro es simple y natural, mientras que en El Cid los amantes rivalizan en conceptismos, hábiles ocurrencias, y agudos argumentos, y discuten el conflicto entre el amor y el deber con una sutileza enteramente incompatible con un profundo dolor. Nunca dos amantes Su inventiva para discubrir toda hán hablado más sofisticadamente. Su inventiva para descubrir toda clase de puntos de honor es simplemente extraordinaria. Rodrigo ofrece su espada a Ximena para que lo mate, diciendo que él mató a su padre no solamente para vengar al suyo y satisfacer la honra, sino también para merecer el amor de Ximena, quien replica que él, al cumplir su deber, le ha enseñado a ella a cumplir el suyo. A lo cual Rodrigo responde que matando al Conde él se mostró digno de ella, y que Ximena debe ahora matarlo si desea ser digna de él; y vuelve a ofrecerle su espada declarando que él morirá feliz "d'un coup si beau". Y por ese estilo siguen compitiendo en sutilezas hasta que Rodrigo exclama: "Rigoureux point d'honneur!" "Ciertamente", comenta Segall, "tan riguroso que ofende al arte y a la realidad".

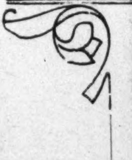
La escena que sigue a éstas en el drama de Castro nos muestra el encuentro de don Diego con Rodrigo y es sin duda una de las mejores del drama por la expresión de la ternura y del reconocimiento del noble viejo hacia el vengador de su honor:

Toca las blancas canas que me honraste,
llega la tierna boca a la mexilla
donde la mancha de mi honor quitaste.

Sobervia el alma a tu valor se humilla,
como conservador de la nobleza
que ha honrado tantos Reyes de Castilla.

Citemos de paso lo que un comentarista francés dice refiriéndose al correspondiente episodio en Corneille: "Certains critiques en profitent pour déclarer que celui-ci est demeuré au dessous de son modéle. On peut y ajouter méme, avec Sainte Beuve, le merite de la vraisemblance, car il est plus naturel que D. Diegue ait indiqué á l'avance un rendez-vous á Rodrigue et l'on sourit de voir chez Corneille le pére chercher a tatons son fils qu'un miraculeux hazard lui améne".

Rodrigo se va a guerrear contra los moros que han hecho una incursión en las montañas vecinas a Burgos, pero antes pasa a la casa de campo de doña Urraca con la cual tiene una entrevista.


Tiene Ud. Dispepsia?
Se cura fácilmente usando
SAL UVINA
en su dieta.
AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA
Síntomas todos de que su digestión anda mal.
Desaparecen RAPIDAMENTE con el uso de la
SAL UVINA
HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA



Mientras tanto, en la Corte se comienza a sospechar que Ximena todavía ama al matador de su padre, a pesar de que ella insiste en sus ruegos al rey para que le castigue. El rey se vale de una estratagema a fin de descubrir sus verdaderos sentimientos; hace que un criado venga a anunciar la muerte de don Rodrigo; la emoción que produce en doña Ximena la noticia pone en descubierto su corazón enamorado, pero cuando comprende que han querido sorprenderla por medio de un engaño, reitera sus demandas de justicia y ofrece la mitad de su hacienda y su mano a quien le entregue la cabeza del Cid. Llega a la corte el caballero aragonés Martín González a proponer que la disputa que tienen los dos reinos sobre la posesión de la ciudad de Calahorra se dirima por medio de un combate singular entre un caballero de Aragón y otro de Castilla. El Cid, que acaba de regresar de la guerra, acepta el reto. Ximena espera ansiosa las nuevas del resultado del duelo, temblando por la vida de su amado; llegan noticias ambiguas que hacen creer a todos que Rodrigo ha perdido en la lucha la cabeza, y entonces Ximena pierde la suya de veras y confiesa su pasión por Rodrigo al propio tiempo que suplica al rey la releve de cumplir la promesa de casarse con su vengador. Ella le dará la mitad de su hacienda y se recogerá en un convento. Hablando está de esto con el rey cuando aparece Rodrigo, y Ximena, a instancias de la Corte, accede al fin a concederle la mano.

Corneille, creyendo no sin motivo, que no eran esenciales al desarrollo del drama, suprimió las escenas de la Infanta en su casa de campo, de la lucha con los moros, la aparición de San Lázaro al Cid en forma de un leproso, y como es natural, omitió también las bravatas del Príncipe don Sancho, pues que éste, en la adaptación francesa, no es más que un simple (en más de un sentido) enamorado de doña Ximena, que arriesga la vida combatiendo con Rodrigo por vengarla, no recibe en premio de ello otra cosa que una andanada de insultos, y todavía queda contento cuando ella declara en presencia de la Corte su amor por el Cid y lo acepta luego como esposo. Este peregrino don Sancho es la única creación original del poeta francés y como se ve no vale gran cosa. Tan ridícula como él resulta también la Infanta, que pasa su tiempo, como ha dicho no recuerdo quien, en dar lo que no le pertenece (el amor de Rodrigo); y más ridículo aún, el rey don Fernando, un rey de baraja, que tiene el mismo horror de los duelos que el Cardenal Richelieu (en plena Edad Media!) y que viendo a Ximena ya decidida a casarse con Rodrigo le aconseja un año de espera: "Prends un an, si tu veux pour essuyer tes larmes".

Doctor JORGE MONTES DE OCA
OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica
TELEFONOS: Oficina, 2950 -:- Habitación 2740
Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensáyelo.
Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

Es imposible dejar de sonreír ante un final tan pobre de una tragedia tan pretenciosa. Sin embargo, Viel Castel, académico francés, escribe a este respecto lo siguiente, ilustrativo de la ingenuidad de ciertos inmortales de las orillas del Sena: "Excepto en el desenlace, tan superior en Corneille y tan insignificante en Castro, no hay en la pieza francesa una sola situación señalada que no se encuentre en la española,..."

A mí no me entusiasma demasiado el desenlace de Las Mocedades, pero prefiero mil veces esas bodas del Cid en Castro, con todo y su crudeza trágica y el horror de la cabeza sangrienta del pobre don Martín clavada en la pica del Campeador, a las inepcias cornelianas. ¿Es que puede justificarse ese año de espera en el deseo de cubrir las apariencias, cuando la Corte estaba en el secreto de todo? ¿O era acaso un expediente, más bien, para darle a Rodrigo una merecida oportunidad de descanso, después de tantas batallas y ajetreos antes de asumir sus deberes matrimoniales?

En cuanto a los personajes, sin insistir más en los secundarios, hay que confesar que Ximena resulta por obra de Corneille una hija desnaturalizada y su amante un fanfarrón inaguantable, y que es difícil creer que fueran ellos a quienes se refería el moralista de Les Caractéres en su célebre paralelo: "Corneille peint les hommes comme ils devraient être". Estos españoles hinchados, declamadores, razonadores hasta el exceso, galantes hasta lo imposible, por no decir hasta lo ridículo, no pueden convencer a nadie de su existencia, y son apenas dignos abuelos, en punto a falsedad y convencionalismo, de los héroes del teatro victorhuguesco.

Para que se vea que no estoy dominado de prejuicios, dejemos que el Conde Frederich Schack nos haga el cotejo de las dos piezas: "La exposición de la serie de escenas de esta comedia española podrá darnos una idea de la estructura, pero no de su riquísimo colorido, del ambiente verdaderamente romántico que respira, ni de la delicadeza psicológica con que se pinta la lucha de opuestos sentimientos en el corazón de Ximena. El lenguaje del drama puede servir de modelo; ofrécenos la misma sencillez del romance popular tan propio del asunto, y no carece de las galas de una poética y rica fantasía ni de bellas imágenes sobriamente distribuidas en las ocasiones en que sólo habla la pasión (1).

"Podrá censurarse como opuesto a la unidad de la acción el personaje del Príncipe don Sancho; y como innecesario y que sirve en vez de rémora al desarrollo del drama el episodio del tercer acto (la aparición de San Lázaro), pero conviene tener en cuenta que uno y otro se habían arraigado firmemente por los romances y la historia en la mente del pueblo, que no podía separarlas de su héroe favorito, y por consiguiente no merece crítica el poeta que se aprovecha de figuras características y de una bella tradición para agruparlas alrededor de su protagonista.

"Examinando ahora la tragedia francesa se observa desde luego que todo el mérito atribuible a Corneille es de índole negativa, esto es, que consiste en haber suprimido las dos adiciones citadas: lo que tiene de positivamente bueno lo debe al poeta español. Pero cuán inflexible y grosera nos parece su obra! ¿Qué se hizo de aquel aroma poético, ya tierno, ya apasionado con violencia, que respiramos con fruición y con ansia en Las Mocedades?

(1) Es interesante cotejar esta opinión con la del Profesor francés Félix Hemon: «El metro de Castro se presta mal a la expresión de los grandes sentimientos; su rival manejando sin esfuerzo el grave alejandrino desdeña las frivolidades de la galantería para glorificar el amor verdadero y no tiene más preocupación que pintarnos el heroísmo humano exaltándose en el cumplimiento del deber».

"En su lugar encontramos vana hojarasca oratoria; en vez del lenguaje del sentimiento, hinchada fraseología; en vez de la lucha entre el honor y el amor y los deberes filiales tan superiormente motivada en la comedia de Castro, una coquetería opuesta a aquellos sentimientos; en vez de la figura heroica de Rodrigo, que se refleja y desenvuelve en los hechos representados como si viviera, un charlatán ostentoso. Nos vemos por último obligados a aceptar el juicio de la Academia Francesa sobre El Cid, aunque considerándolo con muy distinto criterio. Si recordamos también que esta tragedia es siempre una de las mejores del teatro francés, nos admiraremos que tanta pobreza haya subyugado más tarde a los españoles hasta el punto de despreciar las riquísimas galas de sus dramas nacionales.

"Será curioso examinar más detenidamente los defectos de la tragedia de Corneille. Las famosas unidades que han de anudar la acción trágica y que se miran como eje de la verosimilitud han producido ahora un resultado opuesto amontonando inverosimilitudes que indicaremos, puesto que lo merece el mal comprendido clasicismo vivo todavía en Francia. La ofensa hecha a don Diego, la lucha, la persecución, la ocultación y la huída del Cid, sus hazañas contra los moros, y finalmente, el duelo con don Sancho, suceden en un espacio de pocas horas (1). Pero hay más: en la comedia española disminuye el tiempo el dolor de Ximena por la muerte de su padre y aumenta su amor y admiración por el Cid gracias a la serie de sus brillantes hazañas y a las repetidas pruebas de su fidelidad y cariño a ella; en la de Corneille, al contrario, bastan unas cuantas horas para que ofrezca su mano al matador de su padre poco después de su muerte y cuando hasta podría hallarse expuesto su ensangrentado cadáver.

"Otra falta notamos en el poeta francés, el lugar de la acción es en la obra original Castilla la Vieja, de acuerdo con la historia;

(1) «A supposer que la querelle de Don Diegue et de Don Gormas ait eu lieu vers le milieu de la journée, que Don Gormas ait été provoqué et tué par Rodrigue vers le soir, que Chimène ait eu le temps de faire près du roi sa demarche vers la nuit, qu'à la nuit enfin Don Diegue ait revu son fils et l'ait envoyé combattire les Maures, que la bataille nocturne est durée trois heures (comme le veut Corneille), il faut le plaindre d'avoir dû ensuite revenir en hâte au palais, faire devant la cour ce long recit epique de son premier exploit, accepter un nouveau combat contre Don Sanche, le desarmer et l'envoyer à Chimène. Ajoutez que ce grand guerrier trouve encore le temps d'être l'amant idéal et que l'admirable entrevue du cinquième acte a sa place entre deux combats. Chez Corneille», disait Fauriel, «on dirait que tous les personages travaillent à l'heure tant ils sont pressés de faire le plus de choses dans le moins de temps». Félix Hemon: *Cours de la Littérature Française.*

J. PIEDRA C.
SASTRERIA AMERICANA
PARA GENTE DE BIEN
75 varas al Oeste del Parque Morazán (Avenida de las Damas)

SI Ud. RESIDE EN EUROPA, por medio de *B. F. Stevens & Brown, Ltd.*, Library, Literary & Fine Art Agents, New Ruskin House, 28-30, Little Russell St., LONDON, W. C. I., puede suscribirse al REPERTORIO AMERICANO; a un semestre, un año, como quiera. También puede hacerlo por medio de la *Librería León Sánchez Cuesta:* en PARIS, 10 Rue Gay-Lussac, 10. París 5e; o en MADRID, Avenida de Menéndez Pelayo, 4.

Corneille, sin motivo alguno fundado, lo traslada a Sevilla que supone ser también la Corte Castellana, falta histórica grosera, puesto que aquella ciudad, en la época que ocurre la acción y más de un siglo después de la muerte de su héroe, se encontraba en poder de los moros (1). Tales anacronismos no son raros en los poetas románticos, pero es fácil demostrar que en general los cometen cuando son indispensables, atendido el fin poético que se proponen; tratándose de Corneille, ya es más difícil esta prueba, pudiendo calificarse de yerro claro y patente, hijo de su ignorancia de la historia, y cosa extraña, los severos críticos que censuran tan agriamente a Shakespeare las faltas más insignificantes, contrarias a la verdad local o de tiempo pasan en silencio ésta (2).

"Ya dijimos antes que por lo que hace a la exposición y al lenguaje dramático toda la obra del francés carece de vida y de elevación poética. Corneille no podía trasladar a su obra las bellezas poéticas del original, puesto que los pensamientos copiados de la comedia de Castro expresados y oídos en versos alejandrinos se desfiguran por completo con la balumba de frases pomposas que los rodean. ¿En qué consiste pues el mérito de Corneille? ¿En la omisión del episodio del tercer acto que podía haber sido hecha por cualquier zurcidor dramático? ¿Acaso en la transformación que sufre la prueba real del valor de Rodrigo hecha por don Diego, que se convierte en la pregunta, "Rodrigue, as tu du coeur?" Esto último se considera como un signo de gusto delicado y quizá depende de las mezquinas convenciones peculiares del teatro francés, pero no se crea que esta variación sea loable: el poeta español desconoce con razón aquella regla convencional; su escena nace en la pura fuente de la poesía popular. Sin embargo, nos place mostrarnos benévolos y calificar de progreso real esta mudanza, pero ahora preguntamos, ¿en qué otra parte verdadera ha corregido Corneille el original, creyéndose naturalmente superior al poeta español y con bastante capacidad para mejorarlo? Seguramente en nada: no ha añadido un solo rasgo que no lo desfigure y afee; ha demostrado su completa ceguedad para comprender lo profundo y lo bello de la ingenua poesía o la impotencia de reproducirla, ha transformado un cuadro rico y de vivos colores en árido ejercicio académico, sin luz y sin sombra, una composición poética llena de vida, en un frío ensayo de declamación. Si a pesar de todo existen algunas bellezas en el Cid francés, no han de atribuirse al imitador, que ha hecho cuanto podía por borrarlas, sino a la excelencia del modelo que no podía desaparecer ni en las manos más torpes".

Fuerza es confesar que el tono del Conde Schack es tal que merece ponerse en punto a virulencia al lado de lo que pensaba el padre de Voltaire del propio Corneille (1). Pero también debemos confesar que todo cuanto dice es cierto y puede verificarse fácilmente con los textos.

Yo no había leído aún al historiador alemán de nuestra literatura dramática cuando fuí a ver hace algunos años representar el Cid, pero recuerdo la impresión de desencanto que tuve al salir de esa representación. Ni los grandes gestos, ni las tiradas magníficas de Mounet-Sully, ni los esplendores de guardarropía, ni los aplausos del público profesoril, que se embriaga de palabras, como de un vino capitoso, ni el ambiente tradicional de esa ilustre escuela de elocución, bastante aburrida cuando no la iluminan las genialidades de un Moliére, que se llama la Comedie Francaise, ni los elogios que había oído y leído sobre el dramaturgo de Rouen, lograban llenar el vacío de aquellos caracteres, ni justificar aquellas situaciones imposibles. No siendo ni entonces ni ahora un erudito, cuando leí en La Bruyére que "las primeras comedias de Corneille son secas, languidecientes y no dan lugar a esperar que pudiera ir luego tan lejos, como sus últimas hacen que uno se sorprenda de que haya podido caer de tan alto", no sabía entre cuales clasificar el Cid, si entre las primeras o las últimas. Grande fué mi apuro al leer en los manuales y críticos franceses que esta tragedia marca el zenit de su genio y de su gloria, y es, en las palabras de Saint Beuve, "le commencement d'un homme, le recommencement d'une poésie et l'aurore du gran siécle", y todavía mayor cuando di de manos a boca con esta sentencia de Saintsbury: "We have seen it said of the Cid that it is difficult to understand the enthusiasm it excited, but the difficulty can only exist for persons who are insensible to dramatic excellence". Yo, sin embargo, creo que tal cosa no es sólo difícil sino imposible, y convencido de que la razón me asiste me he lanzado a combatir con el Cid con la misma temeridad de mi homónimo don Sancho:

> Faites ouvrir le champ: vous voyez l'assaillant;
> Je suis ce téméraire, ou plutot ce vaillant.

Contra los prestigios consagrados, contra las opiniones de los doctos, yo encuentro estímulo pensando que "El Cid" es uno de esos momentos en la vida de Corneille a que se refería Moliére cuando dijo: "Mi amigo Corneille tiene un demonio familiar que le inspira los más hermosos versos del mundo, pero a veces el demonio lo abandona a sus propios recursos y entonces la pasa mal".

Creo haber dicho ya que, esto no obstante, hay que reconocer en el Cid corneliano, además de la perfecta técnica del verso, la importancia histórica de su aparición en la escena francesa. El Cid en aquellos bellos días de Luis XIII, y Hernani luego, al iniciarse el período romántico, fueron y siguen siendo como piedras itinerarias de la literatura gala, aunque no sean, a la luz de una crítica exigente, monumentos de acabada excelencia literaria.

Resulta curioso también el hecho de que estos dos grandes artífices del verso,—Pedro Corneille y Víctor Hugo,—en trance de traspasar los umbrales del teatro francés, donde iban a imponer por un momento su credo estético, recurrieron al acervo hispano a fin de que dos aventureros de nuestra sangre golpearan por ellos la puerta con un fiero aldabonazo a la española.

Mario Sancho

(1) Rodrigo fué enviado por Alfonso a cobrar las parias del rey moro de Sevilla. (R. Menéndez Pidal, *Poema del Cid*). Como se ve pues, no estuvo sino una vez allí, y esto en viaje de negocios.

(2) Corneille mismo explica que se vió obligado a esta falsificación para dar alguna verosimilitud a la venida de los moros cuyo ejército no podía venir tan pronto por tierra como por agua. C'est à dire, agrega Sainte Beuve, pour avoir la resource d'une marée complaisante à la regle des vingt quatre heures.

(1) «Mon pére avait bu avec Corneille, écrit Voltaire; il me disait que ce grand homme était le plus ennuyeux mortel qu'il eût jamais vu et l'homme qui avait la conversation la plus basse».

La Tertulia de los Viernes

(AUSENCIAS)

= Anteriormente (véase el *Rep. Am.:* No. 12 del Tomo XXIV) publicamos los versos en que Fernández Moreno describía la tertulia de los viernes en la casa de la señora Nieves Gonnet de Rinaldini, en Buenos Aires. Ahora publicamos las «Ausencias» de la tertulia =

La batuta de la vida,
que no es una rama verde,
sino un vástago de ébano
siniestro y resplandeciente,
dispersa de vez en cuando
amigos que bien se quieren,
como plumas, como briznas,
o levísimos papeles.
Y los que quedan, se acuerdan,
se acuerdan de los ausentes.

Sanín Cano está en Colombia,
donde lo finge la mente
todo vestido de blanco
bajo un quitasol solemne,
acaparando esmeraldas,
descabezando serpientes.

Y allá en Río de Janeiro
se madura Alfonso Beyes,
en soledades de arena
y en silencios de vergeles.
Me dicen que tarde a tarde
Alfonso salta a los muelles,
a dejarse las miradas
en el jazmín de las hélices,
que le atosigan bordados
y el espadín se enmohece.

Henríquez Ureña vive,
mejor dicho: languidece,
en la partida Española,
entre palmas y bajeles.
La patria le hizo una seña,
y él se fué sin que se fuese.
Allí lo adulan ciclones
y maremotos lo mecen,
y le corrompen la sangre
literaturas y fiebres.
Sé que llora en la marina
nostalgias bonaerenses,
mientras que Santo Domingo
al sol tuesta sus vejeces:
campanarios y murallas,
veletas y falconetes.

Retratos surcan espumas,
cartas van y cartas vienen...
¡No se consuela de ausencias
la Tertulia de los Viernes!

Fernández Moreno

Buenos Aires, 1932.

(Envío de *P. H. U.*)

TRES AGENCIAS DEL "REPERTORIO": *B. F. Stevens & Brown, Ltd.*, New Ruskin House, 28-30, Little Russell Str., LONDON, *W. C. 1.* — Agencia *S. Castro*, Apdo. Postal No. 95. La Ceiba, Honduras. —*The Moore-Cottrell Subscription Agencies.* North Cohocton, New York. U. S. A.

El caso admirable de Anna Graves

= De *El Espectador*. Bogotá =

Todos supimos en su oportunidad—como que nuestro congreso fuera de los primeros en esa cruzada—de la acción que cumplieron algunos parlamentos de América para procurar, sin fortuna, la libertad de Haya de la Torre. A los legisladores de Colombia se unieron entonces los de la Argentina, Ecuador, y Costa Rica, animados por un idéntico propósito de humanidad y de justicia.

Luego, al través de lapsos más o menos largos, pero que se prolongan con término de eternidad para el encarcelado de Lima, hemos sabido también de las gestiones encaminadas a ese mismo logro por entidades y por individuos que aprestigian la cultura universal desde cumbres empinadas y visibles. Así las labores de la centenaria universidad de Oxford, representada en esta ocasión por el doctor Marett, rector del Excter College y por Barret Brown, principal del Ruskin College. Así la voz clamante de intelectuales tan representativos de sus diversas patrias como las de Unamuno, Ortega y Gasset y Marañón, de España; Georges Duhamel, de Francia; Gabriela Mistral, de Chile; Manuel Ugarte, de la Argentina; Waldo Frank, de los Estados Unidos. Y como cifra y compendio de excelencias, el encendido clamor de Romain Rolland, quien califica a Haya como "prez del pensamiento ibérico".

Sin acuerdo previo, en uno de aquellos movimientos que por lo espontáneos y lo unánimes honran a la especie y constituyen la mejor defensa de una causa, los escritores, los profesores, los hombres libres de los más distantes países del mundo, se han sumado al noble movimiento y han aportado a él todo el fervor de sus espíritus y de toda la prestancia de sus nombres.

Ahora, por un comentario que aparece en el **Repertorio Americano,** de San José de Costa Rica—la evangelizadora publicación de García Monge—nos es dado conocer en detalle, ya que por el cable apenas teníamos informaciones sintéticas, de la admirable labor que una mujer excepcional, Anna Graves, ha cumplido en beneficio de Haya de la Torre.

Esta noble criatura, hija de Norteamérica, comprendió con su mente clarísima y sintió con su corazón balsámico todo el horror de la tragedia que se cumple en el silencio de la ergástula peruana. Y en los Estados Undos primero, y en Europa después—a donde fuera por su cuenta y a su costo—ha hablado, ha escrito, ha congregado esfuerzos, ha encendido entusiasmos, ha creado apoyos para lograr la liberación del caudillo aprista.

Fracasado en París su intento para conmover a García Calderón, que prefirió trocar sus timbres de escritor eximio por la escarapela de la barbarocracia sanchecerruna, regresó a su patria y atumultó, en férvido plebiscito, las conciencias ilustres de algunas de las personalidades de mayor relieve en aquel país, P. Kellogg, Ch. Thompson, John Dewey, Jane Adams, Hubert Herring, H. L. Mencken, entre otros de igual categoría, dicen en su último mensaje al gobierno de la Casa de Pizarro:

"Si Haya es puesto en libertad y su presencia estorba al gobierno, estamos seguros de que permitiéndole la salida el mundo se beneficia con su inteligencia... Durante sus años de residencia en los centros intelectuales de Europa, Haya de la Torre honró el nombre del Perú con su brillante exposición de los problemas latinoamericanos. Su personalidad contribuyó en no escasa medida a fijar en los pensadores de Europa las capacidades latentes de países que hasta entonces habían penetrado muy poco en sus mentes y agregó un lustre particular a su solar nativo".

¿Qué van a comprender de estas cosas sutiles e inefables de la inteligencia las almas paralíticas, los cerebros ciegos de nacimiento que desde el 6 de mayo de 1932 mantienen a Haya de la Torre, sin que medie sentencia alguna, sepultado en una penitenciaría?

Pero triunfe o nó la empresa apostólica de Anna Graves, su nombre se ha relievado para la admiración y el homenaje de las gentes de América.

Roberto Liévano

Cuaderno de Apuntes

Esto es fino:

> *El pastor.*—Tra; la, la, la...
> *Hachi.*—Alegre marchas.
> *El pastor.*—¿Por qué no? No he hecho daño a nadie.
> *Hachi.*—Así puedas decir eso siempre.
> *El pastor.*—¡Ojalá!
> *Hachi.*—¿Eres de Tánger?
> *El pastor.*—Soy de Tánger-Valia.
> *Hachi.*—Todavía tienes camino largo para llegar a tu casa.
> *El pastor.*—El camino nunca es largo para el que tiene el corazón tranquilo.
> *Hachi.*—Es verdad. Adiós, pastor.
> *El pastor.*—Adiós. *(Se aleja cantando).*

Así finaliza el capítulo III de *Paradox, Rey,* novela de Pío Baroja.

José Ortiz y Sanz es traductor al castellano de Diógenes Laercio: ***Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres.*** En 2 volúmenes de la «Biblioteca Clásica». Madrid. 1922.

El señor Ortiz Sanz declara en el Prólogo:

> ...; y soy de dictamen que para cimentar una instrucción sólida es indispensable la lección de los libros antiguos, especialmente griegos, verdadero manantial de casi todo cuanto se ha sabido en los siglos posteriores. Siguiendo este parecer, he traducido a nuestra idioma, los 10 libros que Diógenes Laercio escribió en griego de las vidas, dogmas, apotegmas, etc., de los más ilustres filósofos griegos, no dudando de que su lectura sea útil y grata a toda clase de personas. Apenas hay otro libro antiguo que tantas noticias nos haya conservado de la antigüedad; y al mismo tiempo su lección tan amena y sabrosa, que quien empieza a leerlo no sabe dejarlo de la mano hasta concluirlo.

Otros elogios de Laercio tambien cita el señor Ortiz y Sanz. Cojamos dos:

> ...; pero su libro siempre será precioso por el tesoro de noticias antiguas que encierra, fruto de una lectura de muchos años. Por esta razón decía Miguel Montaña que «debíamos tener muchos Laercios, o el que tenemos más largo...;» y Mr. de Maupertuis en su discurso ***acerca del modo de escribir y leer las vidas de los hombres grandes,*** dice que «las vidas, de los antiguos filósofos que nos ha dejado Diógenes Laercio no sólo son uno de los libros más agradables, sino también uno de los más útiles».

De la sabrosa lección de Diógenes Laercio:

> Epiménides, según Teopompo y otros muchos, fué hijo de Festio; según otros, de Dosiado; y según otros, de Agesarco. Fué cretense, natural de Gnosa; pero no lo parecía por ir con el pelo largo. Enviólo una vez su padre a un campo suyo con una oveja, y desviándose del camino, a la hora del mediodía se entró en una cueva, y durmió allí por espacio de 57 años. Despertando después de este tiempo, buscaba la oveja, creyendo haber dormido sólo un rato; pero no hallándola, se volvió al campo; y como lo viese todo de otro aspecto, y aun el campo en poder de otro, maravillado en extremo, se fué a la ciudad. Quiso entrar en su casa: y preguntándole quién era, halló a su hermano menor, entonces ya viejo, el cual supo de su boca toda la verdad. Conocido por esto de toda Grecia, lo tuvieron todos por muy amado de los dioses.

Haya de la Torre

= Envío del autor =

Vino el Hombre,
y con él la victoria del pueblo—
fundada
oh, sobre cuántas dolorosas derrotas!

Todos le amamos
porque es justo y humano.
Su vida es la vida de todos,
y en su enseñanza
está el amor colectivo
que engrandece a la Nación.
Su voz nos conduce
a la lucha por la tierra
y el canto que nos redimirán.

En los puestos de combate
donde el fuego de los fusiles
transforma la vida social,
él es un pendón sagrado,
es la impulsión de la tierra.

Todos somos pequeños ante él—
su mirada abarca
hasta escrutarnos el corazón;
y cuando habla,
su voz nos baña el alma
purificándonos como la lluvia
y el sol a la tierra.

Como todo hombre que ama, es odiado:
la historia nos dirá si vence
el amor o el odio.
Ahora atrincheramos nuestra esperanza
sobre los muertos apristas
de San Lorenzo, Trujillo y Huarás
—el símbolo del Perú nuevo—

La tierra está húmeda de lágrimas,
de hijos y madres—
y son tantos!
que estremece el cuerpo pensar.
El sufrimiento mancha el espíritu
como endurece el corazón.

Los muertos no vuelven—
Pero cuando caen por la justicia social
se perennizan en el alma del pueblo.
Las cárceles son otras tumbas de dolor,
pero la verdad no se asesina,
ella viene como una aurora
entre los brazos del Hombre.

Serafín Delmar

Penitenciaría de Lima, febrero de 1933.

Cuando quiera tomar una
Buena Cerveza
pida
"Selecta"
Es un producto "Traube"

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

Los libros que nos llegan, en busca de amistad y diálogo:

La santa furia del Padre Castañeda. Cronicón porteño de frailes y comefrailes donde no queda títere con cabeza. Por Arturo Capdevila.

Editado por ESPASA-CALPE en las famosas ***Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX.***

Camino de imperfección. Diario de mi vida. (1906-1914). Por R. Blanco-Fombona. Editorial América. Madrid.

Waldo Frank: ***Aurora rusa.*** Traducida del inglés por Julio Huici. ESPASA-CALPE. En la serie «Hechos sociales».

Antonio Maricahalar: ***Mentira desnuda.*** (Hitos). ESPASA-CALPE. 1933. Madrid.

AURORA RUSA de Waldo Frank

= Envío del autor =

Acabamos de leer este nuevo libro de Waldo Frank. Su palabra llana y sin ambajes nos ha llenado de alegría y de entusiasmo. ¿Y por qué? Porque Waldo Frank—contra lo que muchos supondrían o esperasen de él—nos trae de la tierra de Lenin su más cálido y fraternal mensaje, pero no de americanismo, sino de humanidad. Waldo Frank se declara hermano y compañero de todos los hombres del mundo. ¿De todos los hombres? No, no. Esto sería injuriarle. En el mundo aún quedan muchos pícaros. Waldo Frank se declara hermano y compañero de todos los hombres que trabajan. Esto ya es otra cosa.

Los libros de Waldo Frank se caracterizan por lo artístico de la forma, por lo razonable de sus juicios y, sobre todo, por la sinceridad que mana de ellos. En *Aurora rusa* confirma estas cualidades y nos descubre una nueva: su hombría. Waldo Frank, ahora, ya no es sólo un pensador, sino también un hombre. Algunos de sus amigos—cierta clase de sus amigos, naturalmente—pensarán tal vez que les ha defraudado. He aquí el por qué:

«Todo hombre y mujer—dice al final de su libro—que no desee que la vida humana sea un simple estancamiento de apetitos personales, que repudien la fe en aquellos valores por los cuales los hombres han vivido en todas las edades, bajo nombres tales como Dios, verdad y belleza, deben lealtad a Rusia. Rusia—agrega—es el sostén más firme y visible de nuestra época en el campo del espíritu humano. Debemos defender a la Unión Soviética con nuestro espíritu; y si fuera necesario—concluye—debemos defenderla con nuestros cuerpos».

Esta es una verdad magnífica y clara y, muy especialmente, necesaria, imperiosa, ineludible. Siempre ha sido clara la voz de Waldo Frank. Y esta vez hállase respaldada por millones de conciencias, por muchos millones de seres que viven en diferentes lugares del mundo, en los más apartados y lejanos rincones del globo. Waldo Frank, en esta ocasión, ha gritado una verdad que se hace necesario repetir a cada instante, a cada minuto, no porque vaya a olvidársenos a nosotros, sino para que los señores tiburones de arriba la tengan siempre muy presente y comiencen a temblar ante quienes les harán morder la tierra en breve, tal vez demasiado en breve.

¿Y qué dirán ahora los intelectuales de mantequilla y azúcar?—como bien los denomina Carmen Lyra.—¿Qué dirán de Waldo Frank que ellos creían apegado a las roñas burguesas? ¿No sentirán vergüenza? Los hombres más sobresalientes, en la actualidad,—artistas, filósofos, científicos—respiran las mismas ansias de las masas y están en cuerpo y alma con la Rusia de los trabajadores. En los Estados Unidos de Norte América los más conspicuos intelectuales acuerpan el movimiento revolucionario mundial. Sherwood Anderson, Teodoro Dreisser, John Dos-Pasos... y el ya viejo militante Upton Sinclair, engruesan las filas del partido legítimo del pueblo. Y en ello se honran porque sirven un ideal humano de elevada justicia. Espíritus nuevos y buenos, combativos y ansiosos de una provechosa transformación social, ponen sus fuerzas al servicio de la causa que en estos momentos es la causa del mundo de los trabajadores. Sólo quedan algunos rezagados cuyo principal oficio—lo ha dicho Gorky—es el de consolar a la burguesía. Entre éstos cuéntanse Spengler, Marconi y otros. Quizá estos señores, cargados de tanto genio, háyanse vuelto miopes y sordos. Lo que para todos es una verdad voluminosa y redonda, una voz clara y vibrante, para ellos es algo imperceptible y oscuro, algo que no pueden—o que no quieren, por mala fe—ver ni oír. Pero ya nadie se preocupa de ellos, como no sea su propia clientela o sea la burguesía adinerada o sin dinero.

Al visitar una fábrica, en Moscú, Waldo Frank tuvo que advertir al jefe de la misma que su visita, si algún tiempo le quitaba, debía aceptarla como algo necesario. Y en efecto era y es así. De esa visita a esa fábrica, y de esa su visita a Rusia, Waldo Frank nos ha traído el testimonio de su palabra sincera y valiente. Si Waldo Frank tenía antes de publicar este libro muchos amigos y admiradores entre las clases burguesa y pequeño-burguesa, es probable que ahora ya no los tenga. Pero en cambio—y de ello puede estar seguro—tiene ya las simpatías de los humildes de la tierra, de todos los que, por capital, no poseen sino los callos de sus manos y un alma limpia y sencilla.

Waldo Frank se ha definido. Su libro es claro y preciso. Nada de medias tintas. El párrafo transcrito anteriormente explica esta aseveración. Y en él ha hecho algo más todavía: Invita a la lucha a los que hasta ahora han permanecido indiferentes. Ya no es tiempo de ver y juzgar. Ha llegado la hora de actuar y es necesario hacerlo.

Pero no está todo aquí. Según tenemos entendido, Waldo Frank, últimamente, ha hecho formales declaraciones respecto de sus ideas políticas y sociales: ¡Se declara comunista! ¿Extraño? Al contrario, Waldo Frank no ha hecho más que venir a ocupar

su puesto entre las filas de los hombres honrados y no haraganes ni cobardes. Waldo Frank, con su proceder—como André Gide, Romain Rolland, Henry Barbusse, Bernard Shaw, Einstein y tantos otros—les da una buena lección de hombría a todos esos intelectualoides chupamedias que, por desgracia, aún quedan en el mundo. A estos infelices debería darles vergüenza, ya que uno, por ellos, siente asco y repugnancia. Es más o menos explicable—nunca justificable—que una mujer permanezca indiferente e inactiva ante la lucha social de nuestros tiempos. Las mujeres suelen tener la inteligencia en el corazón y no sirven tanto para pensar como para querer. Pero aun así, ellas también ocupan, desde hace ratos su puesto en las avanzadas del movimiento proletario. No sucede lo mismo con los hombres que se dicen de pensamiento libre y de ideas libertarias. Aún nos quedan muchos individuos con pantalones largos y visibles que, por temor a Dios o al gobierno, viven al margen de los acontecimientos. Un egoísmo cobarde les obliga a ello. ¿Y no sentirán vergüenza? Repitámoslo: ¿No sentirán vergüenza? Porque ya no es cosa de ver o no ver claras las verdades. Es cosa de saber si tienen vergüenza o si no la tienen.

Digamos, para concluir esta nota, que nos hemos reído muy mucho al cerrar el libro de Waldo Frank. Pero la risa no tiene nada que ver con él ni con su libro. Aclaremos el punto. La risa nos viene al recordar *La verdad sobre los trabajos forzados en Rusia*, de la duquesa de Atholl... Y también al recordar *El Imperio Soviético*, del abate Napal, a quien, por lo inteligente—escribió su libro sin haber estado nunca en Rusia,—deberían ascenderle a obispo. Como ustedes comprenderán, entre una duquesa y un sacerdote, el pobre Waldo Frank, que se pone abiertamente de parte de los descamisados del mundo, no puede menos que verse aplastado, aplastado por tanto genio y tanta verdad noble y sagrada. Amén.

Manuel Antonio Valle

Buenos Aires, febrero del 33.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

La verdadera personalidad de Arístides..

(Viene de la página 248)

rece que lo logró Brisson. Ese Henry Brisson que todos conocimos siniestro pero las gentes que lo trataron en la intimidad dicen que era delicioso... Sólo que a mí estas comedias me aburren, de manera que cuando salgáis de aquí, diréis: Es divertido este Briand, pero no es hombre serio.

—Señor presidente, preguntó alguien. ¿Por qué no escribís vuestras memorias? Porque es encantador lo que contáis...

—¿Yo? dijo él... ¿Memorias? ¿Para qué escribirlas? Se escriben demasiadas memorias y son siempre falsas. Escribir memorias es dividir los acontecimientos de los cuales se ha sido actor o testigo, en dos grupos: los que han terminado bien y los que han terminado mal. De los que han terminado bien, se dice que somos autores; los que han terminado mal, que los autores son nuestros adversarios... Eso es lo que se llama la historia.

—¿Y la verdad? Murmuró alguien.

—¿La verdad?, suspiró Briand. ¿Quién ha dicho que es la mentira perdurable?

Se habló del movimiento feminista.

—¡Ah! Yo, exclamó Briand, he sido siempre partidario del voto de las mujeres... Sólo que las feministas no son bien justas. Causa trabajo algunas veces tomarlas a lo serio. Cuando era yo jeven, me encontré un día en cierto congreso feminista; en el momento preciso de tomar la palabra, una mujer, la ciudadana Pullmann, ardiente partidaria de la igualdad de los sexos, se me acercó para decirme:

—Escuche, Briand, debo tomar pronto un tranvía. Cédame tu turno en la tribuna.

Yo también estaba urgido y rehusé complacerla. Entonces, furiosa, me dijo:

—Usted no es un hombre galante...

—Gracias, respondí. Usted acaba de proporcionarme el comienzo de mi discurso.

Algunos creían embarazarlo hablándole de su evolución política, de los cortejos de huelguistas que había conducido, de sus primeros discursos.

—Sí, decía, sé bien cómo hay gentes que me reprochan por haber modificado o cambiado mis opiniones, que me tratan de renegado... Quisiera llevarlas a mi tierra, a la Bretaña. Les mostraría a la orilla del océano una roca... Sobre la roca, verían moluscos reciamente prendidos a la piedra... Están allí... Volved mañana y los encontraréis ahí. Volved dentro de cuatro días y allí estarán... Bueno. Pero sobre esa misma roca en una pequeña cavidad, llena del agua del mar, os haré ver una anguila. Está ahí. Pero volved dentro de pocas horas, después de la próxima marea y ya no estará allí... Pues bien, es indiscutible que la anguila es superior al molusco en la escala de los seres. Sólo que el vulgo, la gente, ama los moluscos, y cuando somos anguila, somos renegados... Todo esto me importa un bledo, estoy habituado a estas cosas. Por lo demás, el grupo de los renegados, mi grupo, aumenta.

Es ahora cuando llegaréis a comprender la intensidad de las fuerzas secretas que animaban a ese hombre macizo y tranquilo. No era por azar que os hablaba del mar. Lo conocía bien y lo admiraba. Era del mar que había aprendido a curvar la espalda delante de las tempesades humanas, después a gobernar sobre la ola movible o en calma chicha o arriesgar bordadas. El mar y la campiña alimentaban sus ensueños. ¿Era un poeta?, diréis sorprendidos. Y si lo preguntáis habréis dado con el Briand real. Era un poeta. Comprendía las cosas y los seres, no a la manera del sabio, por análisis y síntesis, sino a la manera del poeta: por instinto. La leyenda de su pereza, que era real, fué aquella lenta meditación del poeta dentro de la cual se forman las imágenes y los ritmos. Verdad era que desconocía el detalle de los hechos; cuando en la tribuna manejaba un montón de documentos estaba perdido; no podía encontrar una cifra; revolvía los papeles y terminaba apartándolos con fastidio. Así era él, él mismo, cuando expresaba las ideas sencillas: los beneficios de la paz, la estupidez de la guerra. Algunas veces al principio de un discurso parecía extraviado; seguía una corriente y luego se dejaba llevar por otra; creíasele a merced de ellas, pero de pronto encontraba el viento favorable y alcanzaba la grandeza. Recuerdo la emoción de que fué presa la cámara cuando después de hablar de Rhatenau y Streseman, gritó de improviso a sus adversarios: "¿Es que se necesita estar muerto para ser creído de vosotros?"

Como todos los poetas, Briand creía en la magia sugestiva de las palabras. Cuando lanzó la fórmula: "Estados Unidos de Europa", no contenía, ni para él mismo, nada de preciso.

—Es necesario ensayar, decía. Algo, alguna cosa cristalizará en derredor de las palabras... Se sacará partido de lo que nazca...

Método que disgusta a los espíritus exactos y aún más: los exaspera. Pero el pueblo se adhería a Briand y permanece fiel a su memoria. Es una gran fuerza para gobernar a los hombres la de ser humano.

André Maurois

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Los libros

ENSAYOS

Rodó, José Enrique: *Los últimos motivos de Proteo.* José María Serrano, Montevideo 1932.

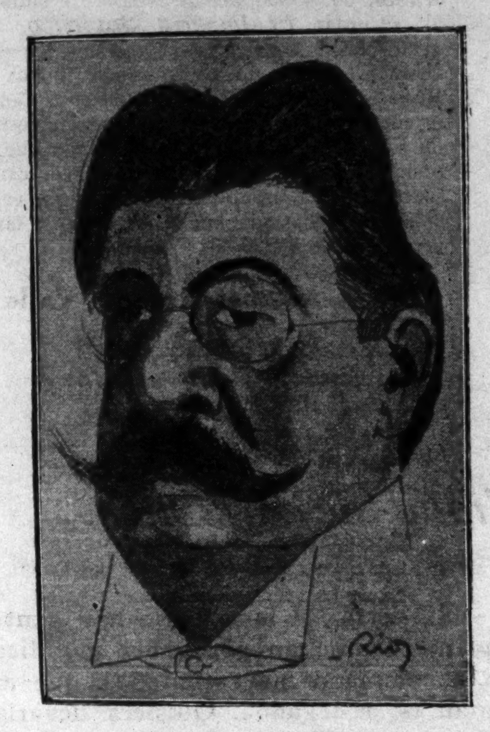
Para un escritor como Rodó, cuya obra nace de una voluntad constante de adoctrinamiento y aspira a modelar el espíritu de una generación y hasta un pueblo, el trabajo es un ejercicio diario y un magisterio constante. Y cotidianamente, aunque de manera fragmentaria o esbozada, el pensamiento necesita hallar la expresión que le comunique a los demás, ordenada en obra que crece y marcha. En prueba de esa necesidad, Rodó dejó al morir numerosos manuscritos inéditos, páginas truncadas, en parte sin relación entre sí; material difuso para varios libros, que habían de continuar el magisterio emprendido en "Ariel" y los "Motivos de Proteo".

Dardo Regules, ayudado por los hermanos de Rodó, ha reunido en un frondoso volumen esos papeles póstumos. Nada añade esta obra a "Motivos de Proteo", "El que vendrá", "Ariel", "Liberalismo y jacobinismo", "Rubén Darío" y "El mirador de Próspero". Acaso sí, empero el natural descuido del estilo en unas páginas sin corregir, adviértese más serena y sencilla madurez en la prosa y mayor firmeza en el pensamiento. Pero no amanece ninguna idea que no estuviera contenida ya en los libros citados, ni tiene mayor fuerza de intención la doctrina conocida. Los apuntes para un ensayo sobre el dolor, seguramente los más interesantes fragmentos de este volumen póstumo, estaban ya virtualmente contenidos en "El mirador de Próspero" y en los "Motivos".

Pero al lector curioso brinda esta obra póstuma una feliz ocasión para analizar mejor el sentido de todo el esfuerzo realizado por Rodó, y descubrir cómo se iban formando en él las líneas esenciales de sus obras.

Hay en Rodó, como una virtud constante de su espíritu, ese honesto rigor consigo mismo y con su obra, que no extraña en quien, como para él, hablar a la juventud era un género de oratoria sagrada. Confiado a un estudio lento y devoto, seguro de que la inteligencia es el camino de toda virtud, Rodó es un amante de la filosofía, y en el ejercicio del pensamiento halla la fuente de la belleza. Empeñado en la tarea de transportar el alma propia a la ajena, él quisiera salvar a la juventud por ese amor de la filosofía.

Pero en toda la obra de Rodó, y más en estos apuntes para una obra futura, se advierte que para cumplir su "misión", en la alta medida de su anhelo, le faltaba originalidad. Pudo ser, y de hecho lo fué, un buen resonador de voces universales; pero a la suya le faltaban anchura y grandeza propias. Rodó parece haber seguido el consejo de Gilbert de Voisins: "Il faut cherir les lieux communs" Y él escogió sus lugares



José Enrique Rodó

Visto por *Ríos*

comunes en la filosofía francesa del siglo XIX. Su obra recuerda a un Taine, más optimista y menos amplio; a un Renán, sin la capacidad de ironía y de humor del gran trecoria; de un Guyau, menos efusivo y juvenil. En esta obra póstuma, el eco tiene resonancias de otras voces: Renouvier, Boutroux, Bergson, sobre todo.

Mas, no se piense que al negar originalidad a Rodó regateamos su mérito. Quisiéramos tan sólo, como debida justicia, señalar el exacto lugar de su fama, saliendo al paso de exageradas alabanzas, que dañan a quien las sufre y trastornan las necesarias y obligadas jerarquías que han de establecerse noblemente en toda crítica bien organizada. Rodó no es como dijo un crítico español, el más grande prosista de lengua castellana, ni su pensamiento, como el mismo crítico proclama, tiene la majestad de un roble.

En cambio, con justicia puede decirse de Rodó que fué en su tiempo la más noble conciencia intelectual de América. A un pueblo que comenzaba su formación espiritual entre la convulsa y agitada lucha de su independencia, el magisterio ecuánime de Rodó era el más necesario. Y ese magisterio él lo ejerció con la más alta nobleza y con gran sabiduría. Su lección fué una lección de cordura y serenidad. Esa es su gloria: haber cumplido la sentencia de Pascal: no se revela grandeza por colocarse en un extremo, sino tocando en los dos a la vez, y llenando el espacio entre los dos. Rodó llenó ese espacio con esta enseñanza: que la suprema obligación de un pueblo es, como la de un hombre, engrandecer su espíritu.

(*El Sol.* Madrid)

Cuaderno de Apuntes

En el capítulo III de la *Vie de Jésus.* Renán alude al "delicioso salmo LXXXIV".

En la elegante traducción de Torres Amat (de la Vulgata Latina), el Salmo es el LXXXIII, y dice:

¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos!

Mi alma suspira y padece deliquios, ***ansiando estar*** en los atrios del Señor. Transpórtanse de gozo mi corazón y cuerpo, contemplando al Dios vivo.

El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos. Tus altares, oh Señor de los ejércitos, oh Rey mío y Dios mío.

Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: alabarte han por los siglos de los siglos.

Dichoso el hombre que en ti tiene su amparo; y que ha dispuesto en su corazón,

en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar *Santo* que destinó ***Dios para sí.***

Porque le dará su bendición el Legislador: y caminarán de virtud en virtud; y el Dios de los dioses se dejará ver en Sión.

Oh, Señor Dios de los ejércitos, oye mi oración: escúchala atento, oh Dios de Jacob.

Vuélvete a mirarnos, oh Dios protector nuestro, y pon los ojos en el rostro de tu Cristo.

Más vale un solo día de estar en los atrios de tu Templo, que millares fuera de ellos. He escogido ser el ínfimo en la casa de Dios, más bien que habitar en la morada de los impíos.

Porque Dios ama la misericordia y la verdad: dará el Señor la gracia y la gloria.

No dejará sin bienes a los que proceden con inocencia. Oh Señor de los ejércitos, bienaventurado el hombre que pone en ti su esperanza.

Imprenta LA TRIBUNA